

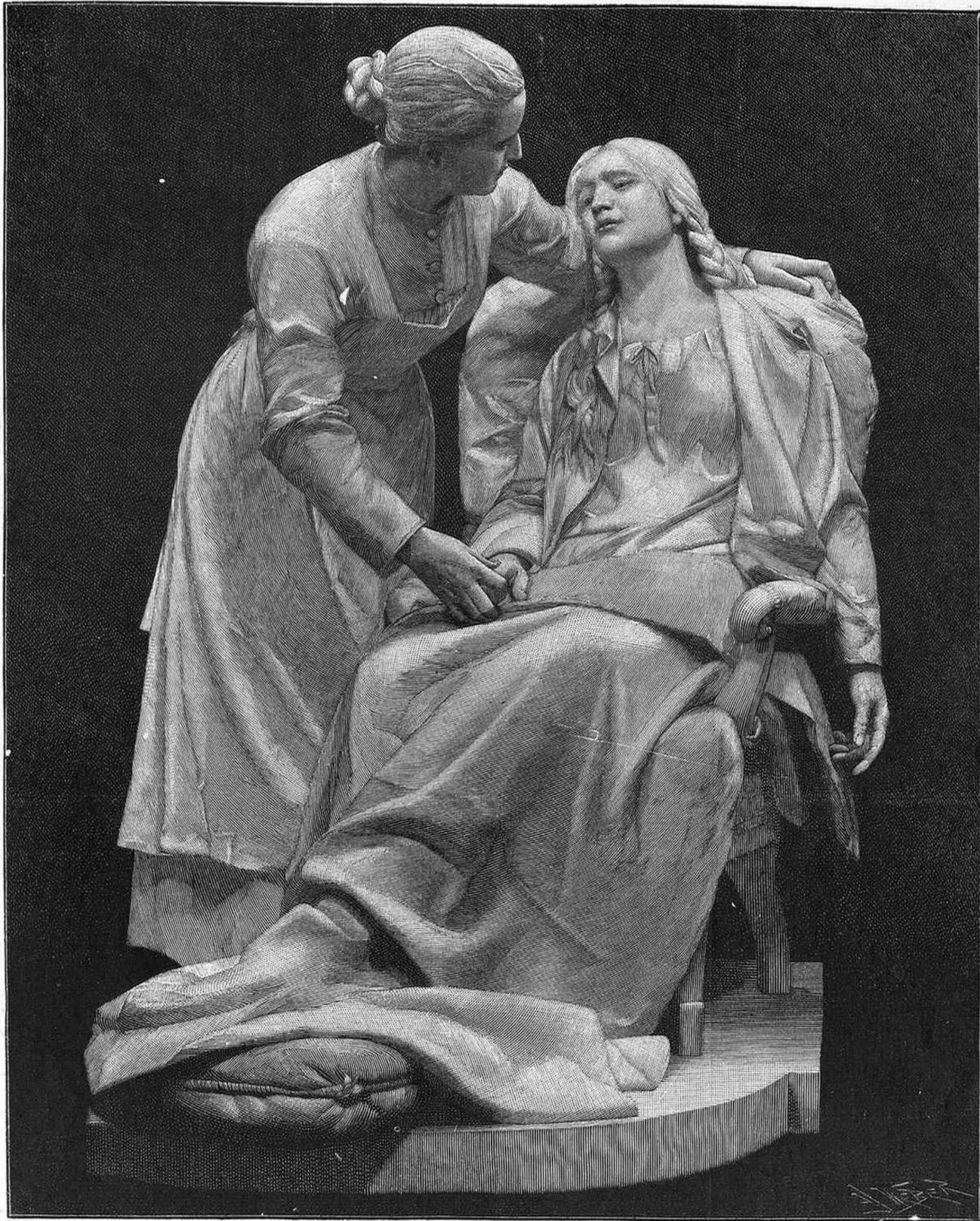
La Ilustración Artística

AÑO XIX

BARCELONA 2 DE ABRIL DE 1900

Núm. 953

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AMOR AL PRÓJIMO,

grupo de José Kassin que figura en un pabellón del Hospital Isabel, de Viena



SUMARIO

Texto.—*Crónicas de la Exposición de París. El París viejo*, por Juan B. Enseñat. — *Jaime Balmes*, por José Zahonero. — *Racimo de tradiciones*, por Augusto Jerez Perchet. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Nuestras grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El obstáculo*, novela ilustrada (continuación). — *Suiza en París*, por G. Mareschal. — Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.—*Amor al prójimo*, grupo escultórico de José Kassin. — *Jaime Balmes.* — *Entrada de Jesucristo en Jerusalén.* — *La resurrección de la hija de Jairo.* — *Jesucristo curando á los enfermos*, cuadros de Eduardo Gebhardt. — *Dejad venir á mí los niños*, cuadro de Matías Schmid. — *Guerra anglo-boer. Prisionero boer conducido por dos soldados ingleses al través de las líneas de Modder-River.* — *Soldados ingleses preparando á un mensajero con despachos para Ladysmith.* — *Jesucristo en el huerto de Gethsemani*, cuadro de Ernesto de Hildebrand. — *Monumento al cardenal Lavignerie, recientemente inaugurado en Biskra (Argel)*, obra de Falguiere. — *Estatua erigida en honor de Garibaldi en Dijon*, obra de Auban. — Figs. 1 á 4. *Aldea Suiza* en la Exposición universal de París de 1900.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

EL PARÍS VIEJO (1)

Si desde el puente de Alejandro, que pone directamente en comunicación los Campos Elíseos con la Explanada de los Inválidos, dirigimos la vista hacia el Trocadero, llamará de un modo particular nuestra atención, entre las maravillas acumuladas en ambas márgenes del Sena, la pintoresca reconstitución del París antiguo, ideada por ese genial y reputado artista que se llama Robida.

Surgen del agua en que se miran los palacios, iglesias, casas particulares y fortalezas de la vieja ciudad, con sus torreones, campanarios, tejados puntiagudos, galerías, arcos y torres almenadas.

Desierta como se halla ahora, la artística ciudad no causa todo el efecto que está destinada á producir cuando la anime el numerosísimo personal encargado de representar con los trajes de la época la población antigua.

Una comparsa inmensa reconstituirá con rigurosa exactitud la vida social, política, militar y religiosa de los parisienses que, en distintas épocas, constituyeron la historia sucesivamente cómica y trágica, accidentada y curiosa siempre del París antiguo.

En el barrio de la Edad Media veremos nobles damas con gorros tan altos, que habrán de inclinar la cabeza para pasar por puertas tan bajas; mujeres de la clase media y del pueblo; caballeros y lacayos, estudiantes y clérigos, curiales é histriones, menestrales y plebeyos, con su variedad de trajes; calzas multicolores, hopalandas, ropones, justillos y sayos; manteos y armaduras; sandalias y espuelas; rosarios y espadas; cayados y picas.

Aquí, la soldadesca de los cuerpos de guardia; allá, los frailes de la orden de Penitentes Blancos; acá, las mozas del partido con vividores y rufianes; acullá, los artesanos y los traficantes en sus talleres y en sus tiendas.

Y además de la vida normal, con la exacta reconstitución de usos y costumbres, extraordinarios acontecimientos, como triunfales entradas de elevados personajes, cortejos aparatosos y fiestas religiosas y profanas.

Ese París viejo es un capricho genial, un poema de mágico efecto, y al mismo tiempo un documento de primer orden, creado por uno de los hombres más identificados con la arquitectura y la vida de la antigüedad.

Justo es consignar que Robida ha tenido un excelente colaborador en Benouville, arquitecto jefe de los Monumentos históricos é individuo del Jurado de arquitectura en la Exposición de Bellas Artes de este año. Bajo la inspiración de Robida, el arquitecto ha levantado los planos, dirigido las construcciones y hecho tangible y viva la maravillosa concepción del artista.

La mitad del París viejo está construído sobre el Sena y la otra mitad sobre el ribazo del malecón de Billy. La decorativa fachada que da al río, se extiende desde la proximidad del puente del Alma hasta unos trescientos metros más abajo. Descansa el conjunto de edificios, plazuelas y callejones sobre una plataforma que no mide menos de seis mil metros cuadrados de superficie.

Esta plataforma se encuentra á cinco metros sobre

(1) En uno de los próximos números publicaremos una colección de grabados que dará idea completa del *París viejo* y vendrá á ser la ampliación gráfica de la presente crónica.

el nivel ordinario del Sena; altura á que nunca han llegado las mayores crecidas del río. Queda, pues, descartado todo peligro de inundación por alguna fuerte avenida de las aguas fluviales. Tampoco hay que temer nada de la fuerza de la corriente. La plataforma se apoya en un millar de estacas clavadas á la mayor profundidad posible y unidas entre sí por doscientos mil kilogramos de armazones de acero sólidamente atornillados, con un sistema de tornapuntas que aseguran la solidez del conjunto. La longitud total de esas estacas unidas por sus extremos, representa una línea de once mil metros; el apoyo que constituyen ofrece un resistencia de cuatro mil kilogramos por metro cuadrado de superficie, y cada estaca puede soportar un peso de veinticinco mil.

Una de las curiosidades de este París de antaño será la nave al estilo del siglo xv, que enarbolando el pabellón de los antiguos colores parisienses y tripulada por marinos en traje de la época, pasará á los visitantes del siglo xx por el mismo cauce que siguieron las pesadas barcas de los romanos de César y los bateles de los rudos normandos que venían á atacar las torres de madera de los galos de Lutecia. Esa nave, con su alegre pasaje de cosmopolitismo moderno, sintetizará admirablemente la idea del *viejo París*: el Pasado redivivo en el Presente.

Hace mucho tiempo que esa idea germinó en la atrevida mente de Robida. El éxito obtenido por el viejo Amsterdam en la Venecia del Norte, durante la Exposición de 1883, y el que alcanzaron en París, durante la Exposición de 1889, el viejo arrabal de San Antonio, con la Bastilla y la calle del Cairo, fueron precedentes cuyas indicaciones se han aprovechado en todas partes.

En estos últimos tiempos, las reconstituciones arquitectónicas de ciudades ó barrios pasados á la historia, han sido las curiosidades más llamativas de los concursos universales.

La «Vieja Amberes», de que tanto se habló el 95; el «Viejo Berlín»; la «Aldea Suiza» de Ginebra; el «Viejo Bruselas» y últimamente el «Viejo Ruán» contribuyeron en gran manera al éxito de las Exposiciones celebradas en estas ciudades.

El París de 1900 no podía menos de tener su «Viejo París.» Y como Robida ha querido que su obra superase á las de sus predecesores, en esta reconstitución se observa efectivamente un considerable progreso. Exceptuando la de Amberes y algunos edificios de la Aldea Suiza, las demás «Viejas ciudades» sólo eran practicable en las plantas bajas; el resto era pura decoración teatral. Aquí se puede ir desde los sótanos hasta las buhardillas de las casas, cuyo interior ha sido tan escrupulosamente ejecutado como el exterior. Los visitantes podrán formarse una idea completa de los usos y costumbres de los parisienses de tan remota época, viendo reconstituídas sus habitaciones con el mobiliario, utensilios y demás elementos de vida pública y privada.

Robida, ante la imposibilidad de presentar en toda su extensión histórica barrios enteros, se ha esforzado en dar impresiones muy reales y verdaderas de los barrios más característicos del París viejo, agrupando en un espacio reducido lo más interesante de la antigua ciudad.

Así, tal edificio es un compuesto de varias construcciones similares, que reúnen recuerdos arqueológicos tomados de diversos puntos. Y esta selección hace de semejante reconstitución histórica, muy real y exacta en suma, una obra de arte incomparable.

Esta no se limita, como sus similares de que hemos hablado, á reproducir una sola época. La arquitectura, lo mismo que las costumbres y la vida toda de los siglos xv, xvi, xvii y xviii, se representan, una al lado de otra, sobre este vastísimo escenario, con su infinita variedad de aspectos.

El proyecto de Robida fué acogido con entusiasmo por M. Picard, Comisario general, y por M. Bouvard, el gran organizador de las fiestas de la Exposición. Estos hábiles directores de escena comprendieron desde luego, con su gran sentido artístico y su profundo conocimiento de los gustos del público, todo el partido que se podía sacar de un «París viejo» tan pintoresco y tan sabiamente concebido.

En el plano general de la Exposición, el gran centro decorativo se hallaba situado sobre los ribazos del río. Los palacios de la orilla derecha, que avanzan sobre el agua, forman con los pabellones extranjeros, edificados sobre la margen izquierda, una calle maravillosa, fantástica, de un efecto indescriptible, con el caudaloso Sena por arroyo. En el recodo que éste forma entre el puente del Alma y la parte oriental de las exhibiciones coloniales del Trocadero, había un hueco que llenar de modo que todas las partes del hermoso panorama se armonizasen, sin solución de continuidad, para el buen efecto del conjunto. Toda repetición excesiva, aunque se trate

de espléndidos palacios, resulta monótona. Por esto, á continuación de los grandiosos edificios destinados á los Congresos y á las exposiciones de horticultura y arboricultura, inmediatos al palacio de la Ciudad de París, convenía levantar algo distinto, que no desmereciese de lo demás.

Para llenar aquel hueco se pensó naturalmente en el proyecto de Robida, y el «viejo París» ha resultado, desde todos los puntos de vista, una maravilla destinada á un éxito colosal.

Su situación es excepcional, en plena Exposición, sobre esa vía incomparable que forma el río con sus márgenes convertidas en series de palacios; vía surcada por innumerables buques eléctricos y de vapor, llena de vida, de movimiento y de regocijo.

Su efecto decorativo es sorprendente. Esa larga hilera de edificios y monumentos, cuya profusión de torreones y flechas se dibujan en el espacio reflejándose en el río, atraen de todas partes la mirada y producen verdadero encanto.

Y si de tal modo cautiva su solo aspecto, ¿qué será cuando lo animen el espectáculo de su población atareada, de los cortejos que cruzarán sus calles, de las fiestas nocturnas que la transformarán en una ciudad fantástica, de los teatros en que á los cantos y declamaciones de los artistas seguirán sin duda los aplausos de los espectadores? Y además de esas fiestas, habrá mesones en que comer los manjares más famosos de la cocina antigua, y tabernas donde beber al arrullo de excelentes orquestas, y comercios servidos por vivarachas vendedoras.

Desde cualquiera de las plazas ó de los miradores que dan al Sena, el panorama que se ofrece á la vista es verdaderamente maravilloso.

Los tres aspectos distintos que ofrece el «viejo París» se derivan de lo que podríamos llamar las tres expresiones de vida que en él forman contraste, para mayor encanto del público.

Esas expresiones de vida representan *el París de las Escuelas*, *el París de las artes y oficios* y *el París de la moda*.

Dará gusto ver á la juventud escolar más ocupada en divertirse doquiera ofrece tentaciones el placer, y hasta en andar á cintarazos en el Pré aux Clercs, que adquirir *sapientia* en los colegios de los ingleses, de los daneses, de los escoceses y de los irlandeses, amén de los cursos de idiomas, ciencias y letras de los profesores franceses.

El principal centro del París de las artes y oficios será el *Pont au Change*, convertido, como antiguamente, en una verdadera calle, en que tendrán instalados sus talleres y comercios los tiradores de oro, los joyeros y plateros, judíos, lombardos ó florentinos, junto á las casas de banca y cambio de moneda y entre puestos de cambalaches y baratijas de toda especie.

Este puente era para el París de entonces lo que es cualquiera de los bulevares para el París moderno. Frecuentado por la nobleza y la clase media rica, estaba destinado, como sus inmediaciones, al comercio de lujo. En sus tiendas se vendían pieles y telas preciosas, géneros raros, objetos curiosos, de las más remotas procedencias.

El París de la moda ofrecerá particular interés para el bello sexo.

Sobre el «Pont au Change» y en la «Feria de San Lorenzo» triunfarán por la belleza, la gracia y el *chic* parisiense, en tiendas galantemente aparroquianadas y bajo llamativos trajes antiguos, las costureras, modistas, bordadoras, guanteras, floristas, vendedoras de perfumes y novedades, todas las hadas proveedoras de las elegancias femeninas de París.

Y para que no se diga que el bello sexo es exclusivo y egoísta, se ha acordado admitir en ese emporio de la moda algunos sastres y peluqueros.

Réstanos decir que este «viejo París» se halla dividido en tres grupos de construcciones en otros tantos barrios: el de la *Edad Media*, el del *Mercado* y el grupo de los *Barrios Bajos*, no en el sentido que en español damos á esta expresión, sino en oposición al barrio de la Edad Media, que constituye el grupo de la parte alta. Este se extiende desde la puerta de San Miguel hasta la iglesia de San Julián de los Ministriles, y representa el siglo xv. El barrio del Mercado nos transporta al siglo xviii. Y en el barrio inferior hallamos construcciones de diferentes épocas, como el Chatelet y el Pont au Change, que son del siglo xvii; la calle de la Feria de San Lorenzo, que es del siglo xviii, y el Palacio, que es del Renacimiento.

Cuando asistamos á las grandes escenas y cortejos de que serán teatro estos diferentes barrios, entraremos en detalles sumamente curiosos que hemos omitido en esta rápida descripción de conjunto.

JUAN B. ENSEÑAT



JAIME BALMES

¡Balmes! ¡Qué nombre tan glorioso! Sin duda fué este hombre ilustre el más grande de cuantos en el presente siglo honraron, así en las letras como en las ciencias, en la filosofía y las artes, á nuestra España.

No es una exageración ciertamente decir que el primer músico, el primer pintor y el primer filósofo de nuestros tiempos corresponden á España: Eslava, Rosales... y sobre todo Balmes.

Aún no sabemos bien lo que Balmes supone en el mundo de las grandes inteligencias; y si tratándose del gran maestro Eslava ó del gran pintor Rosales podría haber quien estimase como extremosa nuestra apologetica afirmación, no cabe duda que al tratarse de Balmes se nos puede acusar de extremosamente parcos en la alabanza.

Cataluña ofreció un hombre de soberana inteligencia y en el cual era admirable y armónico el desarrollo de las facultades del juicio; Andalucía, Valencia, las regiones todas de España venían brindándonos como en competencia poetas, oradores, hombres de como en competencia poetas, oradores, hombres de imaginaciones brillantes y de inspiraciones fogosas: entre todos estos hombres había más ó menos marcada diferencia en los grados de su fantasía ó en la fecundidad de sus imaginaciones... Epoca fué de cantores y de tribunos populares, de románticos y de propagandistas... Sólo hubo un pensador: Balmes. ¡Qué pensador! Claro, conciso, de robustísima lógica, de muy amplia cultura.

Su vida íntima fué el trabajo. Poco, muy poco pudo saberse del gran filósofo, y cuanto se sabe ofrece un carácter de severidad y de sencillez verdaderamente estoicas.

Un anciano, que ya encorvado y arrastrando sus pies iba y venía hasta hace poco por la iglesia de San Sebastián de Madrid, D. Francisco, el sacristán primero de dicha parroquia (hoy jubilado), suele decir: - Ayudé á misa á D. Jaime Balmes y le traté mucho. Tengo esa gloria.

Al citado D. Francisco debemos algunos datos interesantes de la vida de Balmes.

Era Balmes hombre grave, pero de afabilísimo carácter; su temperamento nervioso-sanguíneo dábale las potencias más seguras para haber podido pasar muy larga y gustosa vida..., pero el trabajo, el fiero trabajo, la terrible fiebre del trabajo consumió las energías del joven filósofo.

No fué el suyo trabajo de hombre ambicioso ó codicioso por sí y para sí... Precisamente en el fundamento de su excesiva actividad se revela el poderío de su espíritu maravillosamente talentoso y maravillosamente bueno... Se apresuró Balmes en su trabajo, entendiéndose que «su siglo» marchaba rápidamente por caminos peligrosos y era urgente avisarle, y le avisó..., y la obra de Balmes, apreciada hoy que una saludable reacción de la cultura religiosa se manifiesta en las sociedades, resulta cumplida profecía.

Muy animoso y bien dispuesto despertábase á las cuatro y media invariablemente todos los días, decía

misa á las cinco y en esto empleaba media hora, pasaba otra media en meditación, luego repasaba los periódicos y al fin disponíase al trabajo, no sin leer



JAIME BALMES

antes algunas páginas de las Sagradas Escrituras. ¿Cuánto duraba el trabajo de este gran pensador? ¿Cómo apreciarlo? Mil y mil veces la poderosa fuerza de su inspiración le impelía á no cesar..., y por una de estas prodigiosas impulsiones, en pocos días produjo su magnífico libro *El Criterio*, del cual dijo que si de nuevo se hubiese visto en la necesidad de escribirlo, hubiéralo repetido letra por letra..., tan portentosamente se había operado en aquella inteligencia la acción del pensamiento y tan firme era en convicciones su conciencia.

Pudo dictar á cuatro escribientes á la vez y cuatro obras distintas. Su poder de asimilación era tan admirable, que en brevísimo tiempo logró hacerse un gran matemático, y en sus últimos tiempos y á pesar de la variedad inmensa de sus trabajos, había alcanzado el completo conocimiento de la literatura europea contemporánea.

Suave en su decir, grave á la vez que expresivo, mostraba un continente reposado; si el brillo de sus inteligentísimos ojos resplandecientes no hubiera fulgurado el aire de modestia y hasta de timidez con que á veces se manifestaba, le hubiera hecho aparecer tal vez como hombre víctima de incertidumbre é inseguro de sí mismo.

Fué para sus amigos constante, digno, afectuoso,

caballeresco, consejero imparcial y franco, ayuda servicialísimo y generoso y tolerante.

Poco casi sabíamos de Jaime, poco de sus gustos ó recreaciones.

Sabíamos que durante su estancia en París recorrió la gran villa, y en brevísimo tiempo conoció el carácter de su población, sus monumentos y sus costumbres, de modo que hubiera podido escribir un libro tal como el que mejor escribiera el parisiense más entrañablemente ligado á su pueblo natal.

Sabíamos que Balmes, que en Vich se imponía una hora de paseo diariamente y como una obligación, hizo siempre cuanto estuvo de su parte para cumplir *este deber* físico...; pero no, no, el trabajo, tirano feroz, tirano de Balmes, le privó de todos..., hasta de los más honestos goces... y al fin prematuramente le arrebató la vida.

Nuestra sorpresa fué grande cuando visitando la biblioteca del conde de Doña Marina, galante amigo nuestro, nos mostró una cajita de madera llena de figurillas de hueso y nos dijo:

- ¿A que no acierta usted á decirme de quién fué esta cajita de ajedrez?

- De Napoleón, dije.

- Tengo entendido que jugaba..., también se dice que Federico el Grande era jugador..., mas no, no perteneció á ningún monarca ni gran general... Este ajedrez fué propiedad de Jaime Balmes, dijo el conde.

Viva fué mi emoción al ver aquella pobre cajita de figurillas de muy sencillo labrado, ¡el juguete del genio, el pasatiempo del más grande de los filósofos modernos, el recreo del español más ilustre de nuestros tiempos!

Metidita aquella caja entre los libros del pobre presbítero, oculta en la modesta estantería de su cuarto, sólo de tarde en tarde, cuando por descanso quisiera el gran pensador distraer su espíritu y cuando hubiera amigo dispuesto á la batalla, saldría el juguete del escondite. ¡Qué recreación tan propia de su severo y noble carácter, de su elevado espíritu y sobre todo de la serenidad y agudeza de aquel su soberano entendimiento!

Sentíme orgulloso; los aficionados á tan ingenioso juego podemos envanecernos al saber que Balmes era de tal afición, y claro es que nos ha de tentar el deseo de imaginarnos y conjeturar cuál sería el carácter de su juego, y por fin si por tal ejercicio racionador jugaba el filósofo ó filosofaba el jugador.

Cuando en lo dicho pensaba, no pude menos de recordar aquel hermoso, breve y clarísimo juicio, modelo de expresión didáctica, que el ilustre Jaime Balmes formula en uno de sus libros sobre el cálculo de probabilidades, ¡lógica profunda de lo que se ignora!

Sendos ejércitos, cuál blanco, cuál negro, en número de dieciséis piezas cada uno y así éstas variadas por la misma gradación de jerarquías y sometidas á disciplina y leyes de guerra iguales..., sirven á dos jugadores que faz á faz, mano á mano con sus solda-

dos operan por lograr victoria, contando sobre un tablero de casillas negras y blancas con dieciséis de campo propio cada jugador y ambos con treinta y dos, en las cuales habrán de desplegar sus tropas según una bien precisada táctica y una ingeniosa estrategia.

Ved el mundo en sesenta y cuatro casillas; ved la humanidad en treinta y dos piecitas; ved la variedad de condiciones en las distintas formas y el diverso valor relativo de unas piezas sobre otras; ved las diferencias que ya por raza, por patria ó por interés ó por vanagloria se marcan en la humanidad; ved en fin las mudanzas de dirección que por ventura, desgracia, pasiones, perseverancia ó impaciencia, altivez ó cobardía... ó por acaso, es decir, por lo inexplicable, toma el hombre... Ved simbolizada por verdaderos símbolos de precisión matemática, por sucesión numérica y por expresión geométrica, ¡la vida!

¡Ah, cuán gustoso y tentador es este juego si el hombre que á tal fingida batalla se entrega sabe regular bien las facultades mentales y si se detiene á admirar el

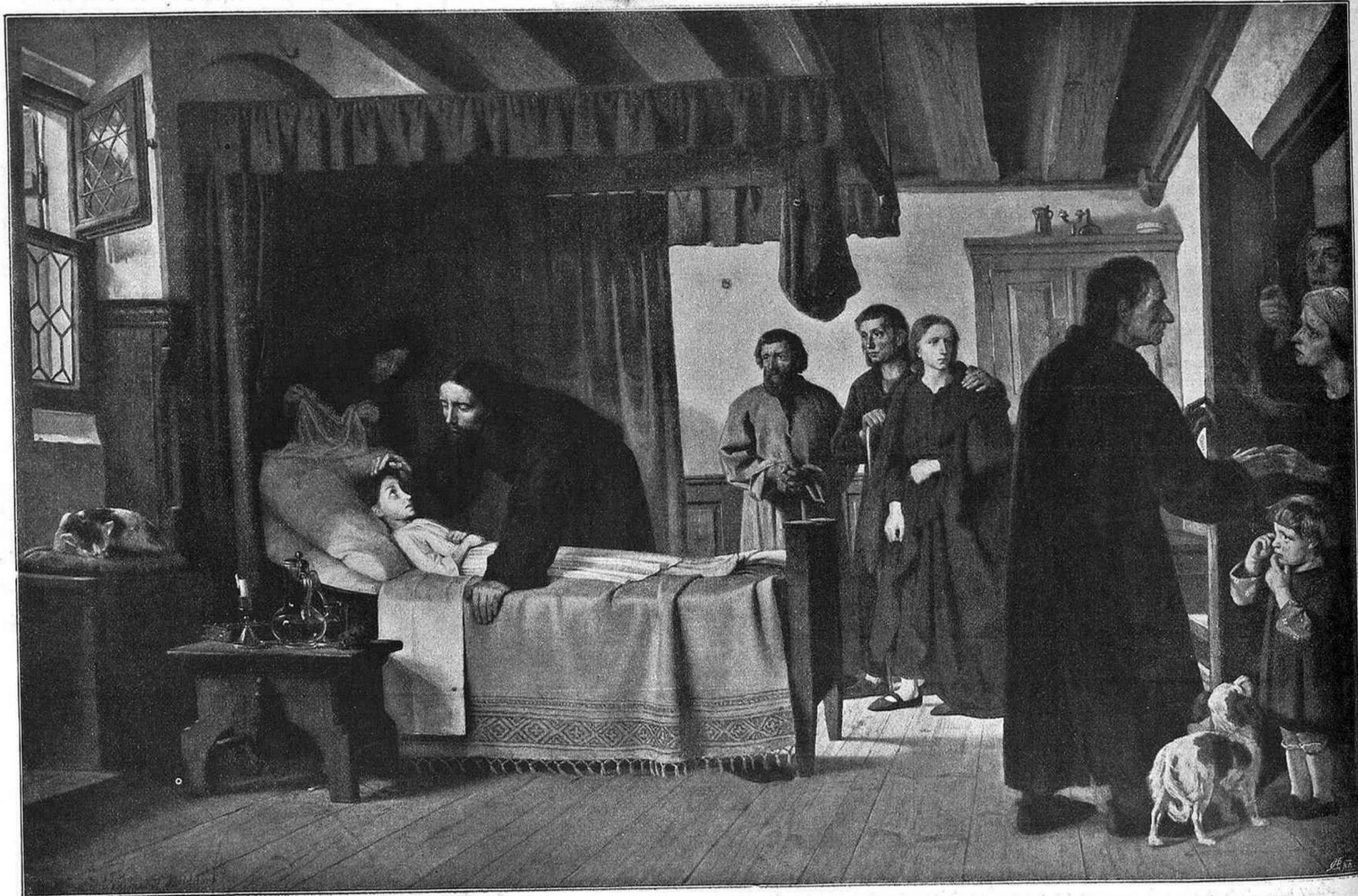


ENTRADA DE JESUCRISTO EN JERUSALÉN, cuadro de Eduardo de Gebhardt

alma del contrario!. Por ejercicio alguno podemos hacer estudio más provechoso del carácter, de los talentos del alma humana.

No se tenga como jugador al que lo fuere por una enseñanza rutinaria que aplica soluciones conocidas para casos conocidos; á tales jugadores quedáales muy limitado el juego, y preciso es entonces usar con ellos de una absoluta benevolencia, como la que se usa á veces, casi siempre, con los niños cuando se hacen ilusión de luchar con un hombre y el hombre aparenta ser vencido...; hablemos del jugador de permanente inventiva, ¡el jugador de alto ajedrez!

Este sí que fija su estilo, marca la naturaleza singular de su ánimo, y unas veces nos sorprende con lo misterioso de sus planes, otras con la rápida resolución del problema; á veces acude con presteza con un ejército agresivo audacísimo á destruir nuestro ejército, aturdirlo, desmoralizarlo, desbaratarlo; otras, reposada, firme, gradual, clarísimamente, va realizando un plan pasmoso, que vemos, que entendemos y contra él nos es imposible revolvemos. ¿Pues y



LA RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de Eduardo de Gebhardt



DEJAD VENIR Á MÍ LOS NIÑOS, cuadro de Matias Schmid

cuando el talentoso contrario peca de imaginador y distraído? No menor diversión se ofrece cuando descubrimos su astucia y por último cuando hemos de reconocer su victoria. De las nuestras no hablemos: con decir que cuentan que a un santo muy hecho a penitencias dijéronle que se fingiese vencido en ajedrez y replicó: «Esto sería ofender á Dios fingiendo que me había abandonado dejándome ser más tonto de lo que soy,» dicho está, con esto que no pasa de ser un cuentecillo, cuán grande gusto se halla en la victoria propia.

¿Halago de la vanidad?.. Entre jugadores verdaderos no puede ser muy extremosa esta vanidad, porque conocen lo efímero de la gloria. Aquí entra lo profundo, lo imponente de este juego; no es vanidad; el jugador conoce el misterio del destino. Es alegría del corazón por haber defendido y favorecido una causa y unas gentes... que no son ni causa ni gentes.

Allí en el tablero ha habido historia, hechos, pretensiones, porfías, afanes, casos extraordinarios; una reina, por ejemplo, es decir, un centro de ejército vergonzosamente destruido, y peoncillo — humilde zapador — al cual se debe la victoria. Pues bien: todo esto pasó, ya fué, de ello nada queda. ¿Qué es hoy la Asiria? ¿Qué de los Faraones, el pomposo Egipto, la Fenicia diligente, Cartago avara?; ¿qué representan para nosotros sus luchas, sus empresas, sus grandezas y sus desdichas?.. ¡Un juego olvidado! ¡Nada hay despreciable y vano! El ajedrez, para unos pasatiempo, para otros ejercicio en que educar la atención, para pocos educación del corazón en el delicado limar y pulir el amor propio y educación del juicio en el ajuste de una disciplina según medio, espacio y tiempo para el propósito ó intento; el ajedrez resulta al hombre pensador una verdadera lección de lo accidental aunque armónico, transitorio aunque regulado, de la vida mundana.

¿Qué sería para Jaime Balmes ese curioso juego? Nos atrevemos — ¡perdón, lector, por tal atrevimiento, que de éste sea disculpa nuestra admiración al maestro! — nos atrevemos á suponerlo. El ajedrez muchas veces sería motivo experimental para que el filósofo contemplase esa pasmosísima ley que preside al concurso de eventualidades y contingencias laboriosamente estudiado por el calculista de probabilidades. Dificultoso tema para el raciocinio matemático, pero verdad que rechaza poderosa y luminosa todas las necias y disparatadas hipótesis que hacen del acaso inteligencia.

Boufills fué paisano y amigo de Balmes. Boufills enseñó al gran maestro de filosofía, al gran publicista, el arte de juego de ajedrez; á los ocho días Balmes hacía contra-gambitos á todos los gambitos y daba á su instructor el mate de peón de caperuza, y á los quince días planeaba según los grandes jugadores de alto ajedrez.

Quince días para dominar un juego que á un gran matemático ruso inspiró una voluminosa obra de cálculo en ocho pesados tomos, que el Sr. Echegaray ha tenido en sus manos y ha examinado detenidamente, quince días bastaron para que Balmes fuese invencible en toda partida y no hallara jugador que con él pudiese competir.

¡Jugar el genio! ¡Jugar Balmes! ¡Qué impresión tan profunda nos produjo ver la cajita preferida! Salimos de la biblioteca y creíamos ver por ensueño de nuestra exaltada imaginación y en confuso aparecer grupos de figuras de ajedrez y de figuras humanas, cual si éstas y aquéllas igualmente animadas nos ofreciesen, ya la exposición enredosa de una partida, ya la iniciada evolución de una época histórica; previsiones del jugador invencible y del filósofo que acertó en sus vaticinios políticos de modo tan seguro como tan sólo Meternich, Palmersthor, Pit, Gladstone, Bismarck, los grandes hombres de Estado, han podido hacerlos.

La persona de Balmes ofrecía todos los aspectos y expresiones que sucesivamente correspondían á las variadas fases de sus talentos. Cuentan que era austero como sacerdote, hábil y destrísimo como político, profundo y razonador como filósofo y de hablar abundante y elegantísimo como literato. Las maneras, nunca exageradas, eran infantiles con los niños, mesuradas con los ancianos, fáciles con los cortesanos; y con todo, su continente jamás mudaba, á pesar de tales variedades; siempre era digno y sencillo.

No ha tenido España pérdida mayor que la sufrida con la prematura pérdida de aquel ilustre sacerdote que sentó ya desde su humilde cátedra de Vich las bases para esa potentísima obra de la moderna cultura católica; él, que como luchador verdaderamente atlético empezó con fortuna envidiable y obteniendo victorias certísimas, la lucha con el materialismo, por aquellos años triunfante, y hoy derrotado.

Balmes aún no es conocido verdaderamente...

Cuando lo sea, un gran espíritu presidirá el curso progresivo de la educación y en general de la evolución de la cultura española.

JOSÉ ZAHONERO

RACIMO DE TRADICIONES

La tradición, como la leyenda, ejerce indudable prestigio en las imaginaciones; brinda con frecuencia una enseñanza; evoca recuerdos; señala caracteres de las generaciones que nos han precedido, y es, en suma, grato manjar que regala y paladeamos con fruición.

Algunos espíritus apegados al culto materialista contemporáneo, quizá estiman cosa baladí pensar en la tradición cuando nos aproximamos al siglo XX; pero semejante manera de discurrir no inclina la balanza en contra de ese género literario; porque donde aparece y palpita lo extraño, lo nuevo, lo que impresiona, allí la curiosidad y el interés toman parte activa.

Esto apuntado, voy á referir con la brevedad posible tres tradiciones de Granada que no he visto en libro alguno, aun siendo muchos los consagrados á narrar las que conserva la ciudad histórica de los cármenes y los monumentos árabes, que subsisten al par de los erigidos por el genio cristiano.

Helas aquí.

EL FAROL DE SAN MATÍAS

La iglesia de San Matías da nombre á una calle tortuosa y estrecha, en cierto modo, según la antigua usanza; y en cuanto al templo, nada tiene de notable en ornamentación arquitectónica ni en lienzos murales que soliciten mención ó estudio.

La sencilla fachada exhibe en una modesta hornacina la imagen del titular, á la que presta luz durante la noche un farolillo.

Era costumbre en pasados tiempos que el sereno de aquellos contornos tuviese la *parada* (como hoy se dice) en un peldaño de la escalinata que conduce al atrio de la iglesia, pero tal práctica ha desaparecido desde que ocurrió lo que voy á decir.

Hallábase una noche acurrucado el sereno, inmóvil y silencioso, á la manera de esfinge, y vió llegar un hombre que acercándose al farol colocado junto al chuzo, pronunció secamente estas palabras:

— Con permiso de usted, voy á encender el cigarro.

Y mostró un pitillo.

Debía ser el vigilante individuo malhumorado, pues contestó en tono desabrido:

— Amigo, yo no doy lumbre. Váyase de aquí y encienda en otra parte.

— Entonces, el santo me la dará, repuso el recién llegado (que era el diablo en persona).

Y al mismo tiempo empezó á crecer su cuerpo desmesuradamente, hasta el punto que una de sus manos abrió la portezuela del farol que prestaba luz á la efigie, y en efecto, encendió el cigarro.

Hecho esto, recobró el diablo sus naturales proporciones, y sin despedirse, siguió su camino, en tanto el sereno, sudando la gota gorda, se santiguaba por vigésima vez.

De seguro es inverosímil la tradición, pero encierra una moral que no vacilamos en traducir de este modo:

— Todo el mundo tiene obligación de hacer un favor, aunque sea al diablo, porque la justicia divina protege al ofendido sin razón.

EL ZAPATO DE PLATA

Hay en el convento de Capuchinas ó de San Antón una capilla, y en ésta un crucifijo de tamaño natural, vestido con larga túnica y mostrando en el purísimo rostro expresión inefable de respeto.

Llámasse generalmente la escultura el *Cristo del zapato*, porque el pie derecho aparece encerrado en uno de plata, mientras el izquierdo está desnudo.

Refiere una tradición piadosa lo que seguidamente apunto y reclama ser conservado en la memoria.

Cierta viuda infeliz era mantenida á duras penas con el producto mísero del trabajo afanoso de su hija.

Esta cayó enferma y faltaron los recursos en el triste hogar.

Ante apuro por el estilo, fué una mañana la viuda á la iglesia de las Capuchinas, y postrada de rodillas frente al Cristo, llorosa y con fervoroso afán, pidióle consuelo.

Movió el Redentor el pie izquierdo y cayó el zapato de plata junto á la mujer, que trémula de espanto lo llevó á la sacristía, relatando el caso al capellán del convento.

Creyó el sacerdote que las palabras balbucientes de la mujer eran un pretexto para robar la alhaja, y

agarrando ésta la colocó en el pie de la divina efigie; pero el Señor la dejó caer de nuevo, con asombro del cura y de la viuda.

— Hija mía, exclamó el sacerdote, es la voluntad manifiesta de Dios. Tome el zapato y remedie su merced las necesidades de su casa. ¡Alabado sea Dios!

¿Preguntaréis por la enseñanza de la tradición? La respuesta resulta en extremo sencilla, pues se limita á decir con elocuencia todo lo que vale la fe.

LA CASA DE LA CABRA

El Albaicín, barrio de Granada, un tiempo levantisco y temible por sus revueltas y asonadas, y ahora apacible y soñoliento, que parece petrificación extraña de una edad fenecida, pero que ha dejado huella palpable de su manera de ser, era la residencia de un zapatero llamado maese Frasquito, en la época del poderoso rey D. Felipe II.

Maese Frasquito era tan conocido como pobre y desventurado, como por su carácter bondadoso que cautivaba sin esfuerzo las voluntades.

El hombre tuvo una noche singular ensueño que, en síntesis, representaba el mandato de que fuese á Madrid, y colocado pacientemente en la Puerta del Sol, esquina á la calle del Arenal, esperase hasta encontrar (según le había de acontecer) un tesoro.

Los términos eran rotundos, y unida á esta circunstancia la flaqueza humana, con el acicate de la fantasía andaluza, el zapatero creyóse dueño de perdurable bienandanza.

El caso nada tiene de raro, porque el tipo del *Gedeón* contemporáneo encontró siempre numerosos prosélitos; y de seguro entre los más fervientes debemos contar á maese Frasquito, porque abandonó la lezna, el tirapié y demás útiles del oficio y fuése á la corte, Dios sabe con cuántas fatigas, y se situó en el lugar antedicho.

El mancebo de una botica inmediata veále uno y otro día. Se saludaron al principio, y por último aquel acabó por interrogarlo así:

— De seguro algún negocio de trascendencia lo trae á usted por Madrid, puesto que no abandona la esquina. ¿Qué cosa es ello, si puede publicarse?

— Es verdad, contestó maese Frasquito, y voy á ser franco. Vivo en Granada y soñé una noche que si viniese á esta villa y me instalase donde usted me ve, encontraría un tesoro.

El mancebo soltó la carcajada y repuso: — ¡Válgame Dios! Mentira parece que hallen crédito ciertas cosas.

— ¿Por qué?

— Figúrese usted que yo he soñado hace tiempo con el hallazgo de un tesoro en Granada, y sin embargo, ni me muevo de mi botica ni cosa que lo valga. Es más: juro por mi fe de cristiano que celebraría que lo encontrase cualquiera persona honrada.

— ¿Conque usted ha soñado?..

— Sí, señor; que una vieja casa del Albaicín tiene incrustada en el portal la figura de una cabra, y que en el vientre de ésta hay un tesoro, bastante para hacer la felicidad del hombre más descontentadizo. (Era la casa de maese Frasquito.)

Vaciló emocionado el zapatero, despidióse del mancebo, regresó á su hogar abandonado y refirió á su esposa el diálogo precedente.

De madrugada, cuando los vecinos dormían, tomó el zapatero un martillo, y en compañía de su mujer, que iba provista de un candil melancólico, subió á una silla y golpeó el vientre de la escultura, trazada por artífice de escaso vuelo.

Los pedazos de mezcla saltaron súbito, y en pos los ladrillos, y por último, cayó sobre el pavimento un torrente de monedas de oro.

Los esposos se miraron con indefinible expresión, y no acertaron á formular frase alguna. La realidad del ensueño se imponía con argumento indiscutible, y la riqueza de presente y el bienestar para lo futuro aparecían asegurados.

Apresuróse la sencilla mujer á ocultar el tesoro, y maese Frasquito repelló cuidadosamente el agujero que abrió el martillo en el vientre de la cabra.

Ese remiendo subsiste á pesar de los años transcurridos, y el tono de su color, distinto del que ofrece el resto de la figura, revela la operación allí ejecutada.

El matrimonio vivió en adelante feliz, pero no supo asignar á lo acontecido el concepto que tenía y que nosotros vamos á explicar.

Pedir á los caprichos de la fantasía la fortuna teniendo á nuestro lado, es locura insigne.

En otros términos: la verdadera fortuna está en el culto que debemos rendir á la familia y al hogar.

AUGUSTO JEREZ PERCHET

GUERRA ANGLÓ-BOER

Hemos de empezar esta crónica con una nota triste, la de la muerte del general Joubert, acaecida en Pretoria el día 27, á consecuencia, según se dice, de una enfermedad de estómago que hacía tiempo venía padeciendo. Los periódicos de todo el mundo, incluso los ingleses, dedican grandes elogios al generalísimo boer, reconociendo y señalando sus brillantes cualidades militares y los valiosos servicios prestados á la República del Transvaal. Es innegable que el fallecimiento del generalísimo constituye una gran pérdida para los boers; pero no es de suponer que ejerza influencia definitiva en el curso de la guerra. Dícese que le sucederá el general Botha, aunque algunos creen que el propio presidente Kruger se encargará del mando en jefe de las tropas y de la dirección de la campaña.

Entre las pocas noticias últimamente recibidas sobre operaciones militares sólo merecen consignarse las derrotas sufridas en Lobatsi por el coronel Plúmer, que se dirige hacia Mafeking, y en Bethulia por el general Gatacre: el gobierno inglés no ha concedido importancia á estos hechos de armas; y como ha extremado la censura y sólo sabemos lo que él quiere que sepamos, á lo que él nos dice hemos de atenernos en nuestras referencias.

Concedían los ingleses gran importancia á la captura del comandante boer Ollivier, y confiaban en que no tardaría en caer, con toda su artillería y considerable impedimenta, en poder de las columnas que le perseguían. Pero sus esperanzas han salido fallidas, pues Ollivier ha logrado, según parece, escapar á esa persecución, ejecutando habilísimos movimientos y pudiendo salvar el importante convoy que conducía.

El general Roberts sigue concentrando sus fuerzas en Bloemfontein y no quiere proseguir su marcha ofensiva hasta que el número de tropas de que disponga le permita asegurar las posiciones que va dejando á su espalda, pues sin esa seguridad absoluta podría ver cortadas sus comunicaciones y encontrarse en situación muy comprometida. Merced á los refuerzos que de continuo van agregándose al grueso de su ejército, antes de poco podrá el generalísimo disponer de 75.000 hombres.

En tanto los boers se fortifican en Kroonstadt, dispuestos á oponer enérgica resistencia al general Roberts cuando éste prosiga su movimiento de avance. Y por la parte del Natal se fortifican también en Biggar's Berg y en Draken's Berg.

Despachos últimamente recibidos de Mafeking dicen que los boers que sitian aquella plaza se concentran hacia el Norte con el evidente propósito de detener á la columna del coronel Plummer que se dirige á socorrer á los sitiados. La situación de éstos es cada día más crítica, temiéndose que la necesidad de hacer durar las provisiones el mayor tiempo posible obligue á reducir las raciones más de lo que lo están actualmente.

Por lo que hace á la Gricualandia, que los ingleses daban como pacificada, resulta que, lejos de haberse logrado tal pacificación, la rebelión continúa y va en

aumento cada día: los boers se han apoderado de Gricuatown y de otras poblaciones y ven engrosando continuamente sus filas con los contingentes sublevados.

con un redactor del *New York Herald* entresacamos las siguientes afirmaciones que nos parecen interesantes. Dijo Kruger al periodista: que la guerra ha sido promovida únicamente por la codicia de Rhodes y demás mineros millonarios; que los boers cedieron cuanto pudieron hasta convencerse de que Inglaterra sólo quería la pérdida total de su independencia; que no esperan auxilio de las potencias, aunque están satisfechos de las simpatías que en todas partes despierta su causa, y que el Transvaal está dispuesto á firmar la paz, pero siempre sobre la base de su independencia. Terminó diciendo: «Los boers están en manos de Dios y Dios no les dejará percer. Nuestras fuerzas totales se elevan á 40.000 hombres, pero con la ayuda divina podemos triunfar. Doscientos individuos de mi familia combaten actualmente y preferiría verlos morir á todos antes que ceder á la impía agresión de Inglaterra. Se trata, pues, de una lucha por la libertad ó la muerte.» Y este es el espíritu que reina entre todos los boers, no sólo entre los hombres, sino que también, y quizás en mayor grado, entre las mujeres. En efecto, según una carta de un alemán residente en Johannesburgo, publicada por un periódico de Berlín, aunque los boers quisieran deponer las armas no lo consentirían sus mujeres, las cuales hacen en aquella capital el servicio de patrullas y tratan de organizar un cuerpo de amazonas.

Cecilio Rhodes ha salido del Cabo para Inglaterra, en donde la opinión pública y las esferas oficiales están muy indignadas contra él por su actitud respecto de las autoridades militares de Kimberley durante el sitio y por ciertas afirmaciones hechas en recientes discursos y en una *interview* publicada por un periódico londinense. La prensa inglesa comienza á decir que si Rhodes va á Inglaterra para intervenir en el arreglo de la cuestión africana, se toma una molestia inútil; pero el llamado Napoleón del Cabo no es hombre que se deje suplantarse tan fácilmente, pues aparte de los altos cargos oficiales que ha desempeñado y aún desempeña, sabe muchas cosas que nunca se han hecho públicas y puede obligar á que se le escuche en el caso de que se quiera relegarle á último término. En una lucha entre él y Chamberlain, tal vez no sería éste el vencedor.

Los gobiernos de Austria-Hungría, Italia, Holanda y Suiza han hecho á propósito de la intervención manifestaciones análogas á las de las otras potencias que en nuestra última crónica consignábamos.

Según una estadística del *War Office*, las pérdidas inglesas hasta el 24 de marzo son: en el campo de batalla, 2.586 muertos, 9.346 heridos y 3.530 desaparecidos y prisioneros, y fuera del campo de batalla, 1.239 muertos, 1.072 heridos y 2.832 enfermos inútiles para el servicio, ó sea un total de 20.605 bajas.

Las de los boers no han podido conocerse nunca: últimamente el corresponsal del *Times* en Capetown ha dicho que ascienden á 15.000; pero nada indica que esta cifra sea exacta, y al contrario parece muy exagerada, además de carecer de autoridad por falta de justificación. — A.



GUERRA ANGLÓ-BOER. — Prisionero boer conducido por dos soldados ingleses al través de las líneas de Modder-River (de una fotografía de Reinhold Thiele)

De todo lo anteriormente consignado se desprende que el término de la guerra no será tan próximo como creyeron los ingleses después de sus últimas victorias. Y en cuanto al éxito definitivo no deja de



GUERRA ANGLÓ-BOER. — Soldados ingleses preparando á un mensajero con despachos para Ladysmith (de fotografía)

ser admirable la confianza del presidente Kruger, quien asegura que la victoria será de los boers. De una entrevista celebrada por dicho presidente

esta cifra sea exacta, y al contrario parece muy exagerada, además de carecer de autoridad por falta de justificación. — A.



JESUCRISTO EN EL HUERTO DE GETHESEMANI, CUADRO DE ERNESTO HILDEBRAND

NUESTROS GRABADOS

Amor al prójimo, escultura de José Kassin.— En memoria de su difunta esposa Bettina, el barón Alfonso de Rothschild fundó en el Hospital Isabel de Viena un pabellón destinado á mujeres gravemente enfermas, al que dió el nombre de su mujer y dotó de todos los adelantos modernos, empleando en ello un millón de coronas. El gobierno austriaco, que administra el hospital, no sólo construyó y montó el pabellón, sino que lo dotó con una hermosa obra de arte que simboliza el objeto á que está aquél destinado: esta obra de arte es el grupo escultórico de Kassin que reproducimos y que expresa por modo admirable una de las formas más nobles del amor al prójimo, cual es la asistencia á los enfermos, por medio de esas dos figuras, la de la enfermera que solícita y compasiva se inclina sobre la pobre enferma, y la de ésta, mujer del pueblo, en cuyo rostro y en cuya actitud se marcan los estragos de una grave dolencia. El grupo es de tamaño natural y de mármol blanco de Carrara, y la impresión que produce es hondísima, tanto por el pensamiento en que está inspirado cuanto por las bellezas de ejecución. Su autor, José Kassin, nació en San Ruperto (Karintia) en 1858 y estudió escultura en la Academia de Bellas Artes de Viena, bajo la dirección de Kundmann. En 1885 ganó el premio de Roma con el grupo *Sansón y Dalila*, y entre las principales obras por él modeladas merecen citarse la estatua colosal de San Miguel para la iglesia parroquial de Klagenfurt, el monumento al compositor Herbeck en Pörschach, la estatua de Sansovino para la Casa de Artistas de Praga, las estatuas de dos gobernadores de la Baja Austria que figuran en el palacio del gobernador de Viena, una Victoria para el Hofburg de la misma capital, una estatua de un lansquene que tiene en su despacho el emperador de Austria y los bustos del cardenal Kutschker, del conde Taaffe, de la señora Bettina de Rothschild, etc.

Estatua erigida en honor de Garibaldi en Dijon, obra de Auban.— El día 25 de marzo último verificóse en Dijon, con asistencia del Ministro de Instrucción Pública M. Leygues y del subsecretario de Estado en el ministerio de Correos y Telégrafos M. Mongeot, la inauguración del monumento que por suscripción nacional ha erigido Francia á la memoria del caudillo italiano que se puso al lado de los franceses durante la guerra franco-alemana, habiéndose escogido aquella ciudad, porque en los alrededores de la misma venció Garibaldi en 21 y 23 de enero de 1871 á una división del segundo cuerpo de ejército alemán. El monumento, cuya altura total es de ocho metros, ha sido construído según los planos del arquitecto municipal de Dijon M. Desherault; la estatua, obra del escultor dijones Auban, representa á Garibaldi de pie, vestido con el popular uniforme que tanto han popularizado grabados y estampas y cubiertos sus hombros por holgada capa que formando artísticos pliegues cae hasta las rodillas. La actitud del general es enérgica y activa; tiene la mano derecha extendida sobre el altar de la patria en ademán de pro-

tegerla, y la izquierda apoyada en la empuñadura del sable; su mirada se dirige hacia el punto por donde en 1871 avanzaba el enemigo invasor. Esta escultura es de bronce, y así por la expresión que el autor ha sabido dar al personaje como por la corrección con que está modelada, produce impresión excelente.

senta á su hijo para que le bendiga. Esta obra, llena de sentimiento religioso y delicadamente ejecutada, no sólo halaga los ojos, sino que además llega al alma y produce esa emoción estética que es la mejor recompensa y el mejor elogio del artista.



MONUMENTO AL CARDENAL LAVIGNERIE, recientemente inaugurado en Biskra (Argel), obra de Falguiere

Monumento al cardenal Lavignerie, recientemente inaugurado en Biskra (Argel), obra de Falguiere.— La inauguración de este monumento ha sido ocasión para grandes festejos, en los cuales ha tomado parte principalísima la población indígena de aquella ciudad argelina: este es el mejor testimonio del afecto, de la veneración que en aquellos territorios supo conquistarse el sabio y virtuosísimo purpurado, misionero de la fe y apóstol de la caridad. La obra de Falguiere, cuyo modelo en yeso figuró en el Salón de 1898, representa á Monseñor Lavignerie de pie, cubierto con el amplísimo manto cardenalicio, sosteniendo con una mano la cruz y señalando con la otra hacia el Sur, como si quisiera tomar posesión de aquel desierto, cuya conquista para la religión católica y para Francia constituyó el sueño de toda su vida. En los cuatro lados del pedestal hay otras tantas inscripciones, una con la dedicatoria de Argel al cardenal, otra con las armas de éste y su divisa *Charitas*, la tercera que recuerda que el monumento es producto de una suscripción nacional y la cuarta con las palabras del breve que S. S. el Papa León XIII dirigió á Monseñor Lavignerie en 1887.

Entrada de Jesucristo en Jerusalén.—La resurrección de la hija de Jairo.—Jesús curando á los enfermos, cuadros de Eduardo de Geibhardt.—El autor de estos cuadros, que figura entre los más notables pintores alemanes y que es tal vez el primero de ellos en el género religioso, nació en 1838 y á la edad de dieciséis años marchóse á San Petersburgo, en cuya Academia permaneció tres años. En 1860, después de haber viajado durante dos años, establecióse en Dusseldorf, en donde estudió bajo la dirección de Guillermo Sohn. Desde sus comienzos, dedicóse á la pintura religiosa, si bien tratándola con tendencias realistas y procurando darle un carácter nacional, para lo que tomó por modelos á los maestros flamencos de los siglos XV y XVI. Geibhardt es un verdadero maestro de la técnica, y en todos los asuntos bíblicos por él pintados se advierte este dominio de la forma y del color que, aunado con el perfecto y profundo conocimiento del tema, tan eminente puesto le ha conquistado en el arte alemán contemporáneo. Los cuadros suyos que en el presente número publicamos son ejemplares elocuentes de su talento artístico, que no se circunscribe, sin embargo, al género religioso, sino que se manifiesta también en la multitud de retratos de su pincel salidos.

Dejad venir á mí los niños, cuadro de Matías Schmid.—En este bellísimo cuadro del celebrado pintor muniquense Matías Schmid, vemos reproducido uno de los más sentidos pasajes del Nuevo Testamento, aquel en que Jesucristo expresa su amor á la infancia con aquellas admirables palabras que sirven de título al lienzo. La figura del Salvador destaca llena de majestad y de dulzura en medio del grupo formado por esos niños, que llenos de respeto fijan sus miradas inocentes en el Señor que hacia sí los atrae, y completa el efecto de la pintura esa joven madre que arrodillada á los pies de Jesús le pre-

Jesucristo en el huerto de Gethsemani, cuadro de Ernesto Hildebrand.— Muchos son los pintores que han tratado el asunto de este cuadro, pero pocos indudablemente han conseguido un efecto tan grande, tan intenso como el que produce la maravillosa figura de Jesús pintada por el famoso artista alemán Ernesto Hildebrand. Es imposible expresar de una manera más grandiosa los sentimientos que agitaban al Redentor en aquel momento supremo en que dirigiéndose á su Divino Padre y transido el corazón de amargura pronunció aquellas sublimes palabras «¡Aparta de mí este cáliz!» que sintetizan el más grande de los dolores. Inspirada en un elevado sentimiento de unción religiosa, la obra de Hildebrand, aparte de su valor psicológico y de su carácter místico, tiene excelencias de forma que la colocan á la altura de las mejores creaciones modernas: todo en ella es hermoso, la figura del Salvador, su actitud, su rostro en el que se funden los rasgos divinos con los humanos, el paisaje que le sirve de fondo, todo lleva impreso el sello del genio que con recursos puramente materiales sabe dar vida á un trozo de tela é infundir un alma al personaje pintado. Hildebrand, que en la actualidad cuenta sesenta y siete años, ha sido profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe y de la Academia de Bellas Artes de Berlín: al principio dedicóse únicamente á la pintura decorativa, pero luego cultivó el retrato, la pintura de género, la histórica y la religiosa, obteniendo en todos ellos los mayores triunfos.

MISCELÁNEA

Teatros.— *Madrid.*— Se han estrenado con buen éxito: en el español, *La escarapela*, drama histórico en tres actos de D. Tomás Maestre; en la Princesa, *La juerga*, comedia en tres actos de Federico Oliver; y en Lara, *El sombrero hongo*, graciosa pieza en un acto de los Sres. López Monis y Sánchez Girona.

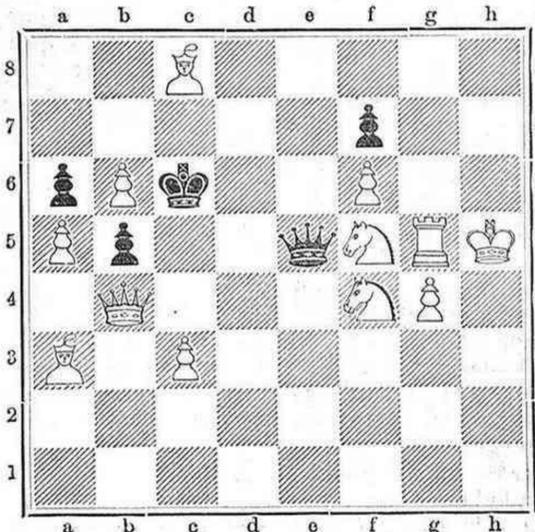
Barcelona.— En el teatro de Novedades se ha estrenado con aplauso *El duello*, interesante drama en tres actos de Ferrari. En el Liceo continúan con gran éxito los conciertos dirigidos por el maestro Sr. Nicolau, con la valiosa cooperación del Orfeo Catalá que tan admirablemente dirige el maestro D. Luis Millet.

Necrología.— Han fallecido: Magdalena Brohan, notable actriz francesa que fué miembro del Teatro Francés desde 1850 hasta 1885. Enrique Druff Treill, notable escritor inglés.

LA CREMA SIMÓN, cuya nombradía es universal, es á la vez que la más eficaz, la más barata de todas las Cremas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 188, POR F. H. BENNETT
NEGRAS (5 piezas)



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 187, POR W. A. SHINKMAN

- | | |
|-----------------|------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Tf1-f2; | 1. Ch1-g3 |
| 2. Td3-g3; | 2. a6-a5 (A) |
| 3. Ad4-e3 | 3. R cualquiera. |
| 4. Ae3-c5 mate. | |

VARIANTES

- (A) 2. Rb4-a5; 3. Tf2-f4, etc.
1... Ch1-f2; 2. At.ª C, Rb4-a5; 3. Td3-d4, etc.
2. a6-a5; 3. Td3-c3, etc.
1... a6-a5; 2. Tf2-f4, Ch1-g3; 3. Ad4-a7, b6, jaque, etc.
1... Rb4-a5; 2. Tf2-c2, Cualq.ª; 3. Tc2-c5, etc.



ESTATUA ERIGIDA EN HONOR DE GARIBALDI EN DIJON, obra de Auban

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¿Tiene usted dos hermanas?, preguntó Darlot.
— Sí, Luisa y María; la primera está casada, vive en Escocia, tiene hijos y hace largo tiempo que no hemos vuelto á verla. María se ocupa en cuestiones

sociales; da conferencias, escribe y habla muy bien. Yo la he oído una vez. ¡Oh, amigo mío, no vaya usted á creer que es una de esas oradoras francesas de *meeting!*..., nada de eso; mi hermana es una señorita; tiene muy buenas relaciones en sociedad, y si ha querido dedicarse á los estudios políticos, lo ha hecho conservando su rango. En el país de usted, la publicidad infunde horror á la mujer bien educada que permanece obstinadamente lejos de toda lucha de este género; en Inglaterra no sucede así, y los americanos nos aventajan mucho bajo tal concepto. Esto consiste en que nuestra instrucción es bastante más profunda que la de los franceses.

— En fin, su madre de usted conserva todavía una hija á su lado. ¿No es así?

— ¡Oh, no! Mi madre habita en el Norte, en una pequeña ciudad del condado de Durham; María reside en Londres la mayor parte del tiempo; tiene su casa y una instalación. En cuanto á mí, voy á ver á mi madre siempre que vuelvo á Inglaterra; pero ya sabe usted que viajo mucho.

Todo esto desconcertaba en alto grado á Darlot: aquella familia diseminada, aquella gente que consideraba tan sencillo vivir lejos unos de otros, le inspiraban una especie de antipatía, á él, que amaba á sus amigos y se contristaba tanto al separarse de ellos.

Miss Lucy Hartley le vió pensativo.

— ¡Estoy en contradicción con todas las ideas de usted!, dijo sonriendo.

Renato la miró un instante, dominado por varios sentimientos contrarios, que sucesivamente le impulsaban á hablar ó á callarse; pero al fin tomó bruscamente su resolución, y sin la menor frase preparatoria preguntó:

— ¿Me quiere usted por esposo? Yo la amo, y bien debe haberlo visto.

Lucy Hartley permaneció tranquila, mirándole con calma; no parecía de ningún modo desconcertada, ni por lo imprevisto de la petición, ni por ésta en sí; y apenas hubo hablado Renato, quedó tranquilo, pareciéndole que había hecho bien al resolverse de una vez.

Y añadió conmovido, pero muy dueño de sí:

— Amo á usted sinceramente, y ya no podría menos de amarla; aunque llegase usted á ser fea y achacosa, sucedería lo mismo, porque amo su inteligencia y sus ideas tanto como sus ojos ó su boca. Usted piensa como yo en muchas cosas; pero tiene más energía, y á decir verdad, esto es lo que me arredra. ¿Me aprecia usted lo suficiente para decirme sí? Temo que me desprecie un poco por mi tempera-

mento nervioso, por mi débil voluntad; y no prometo á usted cambiar, porque la engañaría, de lo cual no soy capaz. Tal vez le parezca á usted también demasiado viejo; soy una especie de ruina que al parecer

— No es eso solamente, contestó; yo quiero que todos mis actos de cada día no estén sometidos á intervención de ningún género, y no preocuparme de lo que piensan los demás, sean éstos quienes fueren.

— Sin embargo, esa absoluta independencia tiene su reverso, puesto que proviene del aislamiento de usted. ¿No echa de menos, á pesar de la firmeza de su carácter, una sensación de ternura y la necesidad de amar á alguno que la ame? ¡El afecto que se puede profesar á hermanos y hermanas á quienes no se ha visto sino durante su ausencia debe ser muy frío! Todo está en amar, y es una dicha sacrificar sus gustos y sus preferencias á un ser querido. ¡No estar solo en el mundo; sentir que nuestra vida ó nuestra muerte importan á otra persona; sentir que somos necesarios para la felicidad de alguien! Si no se tuviera el deseo de amar, evidentemente no se pensaría en enajenar la libertad en provecho de los caprichos de otro.

Este argumento dejó á Lucy pensativa.

— La cuestión se reduce á saber si usted puede amarme, continuó Darlot; de esta manera, todo se allana, porque es bien fácil complacerse mutuamente. Decía á usted que tengo afición á los viajes y al movimiento; pero esto es ahora porque la amo. Antes prefería el reposo, y toda marcha era para mí penosa. Tengo el alma melancólica, y nunca abandono mi casa ó me alejo de un amigo sin que se me oprima el corazón, sin la duda de que sea la última vez que nos vemos. Pero desde el momen-

to en que no me separe de usted, no me separaré de nada. Con usted, aunque viva en Finlandia ó en Túnez, no me alejo de lo que interesa á mi corazón: este sentimiento es muy invasor.

— Y peligroso, añadió Lucy, conmovida realmente por aquellas palabras; esto es entregar toda su vida á un ser mortal.

— No piense usted en la posibilidad de la separación definitiva, dijo Darlot palideciendo de angustia; he sufrido ya tormentos semejantes, y sé que son terribles. Sin duda las personas que no aman son mucho más felices, pues tan sólo les interesa su persona; pero ellos tampoco se sienten vivir. Su felicidad es siempre negativa, é ignoran la dicha de amar, de sacrificarse, de ser útiles á alguien. ¡Yo preferiré, sin embargo, sufrir á ser insensible como esas rocas, como esas briznas de hierba, y aún no está probado que no haya en esas cosas un vago principio de sensación! Las flores deben amar el sol, y mueren con la ausencia de éste... ¡Lucy, reflexione usted y no me conteste si vacila. No me es dado ofrecerle más que esto, mi amor; si usted puede amarme, será más feliz de lo que es. El aislamiento no tiene nada de bueno.

Después de haber hablado Darlot siguióse una larga pausa. La brisa del mar, más suave, apenas te-



¿Me quiere usted por esposo? Yo la amo, y bien debe haberlo visto

se mantiene aún en pie, y no se me oculta que tengo muy poco atractivo.

La sonrisa de Lucy se acentuaba al oír á Darlot abogar por su causa de tan extraño modo, haciendo resaltar lealmente todo cuanto le era desfavorable.

— Usted es joven, tiene voluntad é inteligencia firmes, continuó Darlot, y podría ser un sufrimiento para usted tener un esposo tan desemejante. No me conteste usted desde luego, y reflexione bien. No tengo más mérito que el de amarla, y tal vez esto no sea suficiente.

— Las objeciones que usted me hace no existen, contestó Lucy; aprecio su carácter, y su persona me agrada; pero hay una cosa en que usted no piensa y que yo aprecio más que todo: es mi libertad y mi independencia de vida. No me diga usted que me la dejaría, porque esto es inadmisibile; y tampoco quiero que mi esposo, si alguna vez le tengo, se someta á todas mis voluntades, pues entonces no le apreciaría.

— Pero nuestras dos voluntades podrían entenderse sin oprimirse mutuamente; y yo creo tener las mismas aficiones que usted á los viajes y al movimiento.

Lucy se encogió de hombros.

nía fuerza para doblar los brezos y agitar las jóvenes y perfumadas flores de los juncos. Las campanas de la Clarté enmudecían.

El sol declinaba sobre el mar, extendiendo en el cielo y el agua un extenso fulgor purpúreo; ligeras nubes de un tinte cobrizo se acumulaban; un rayo luminoso, que se agitaba sobre la cresta de las olas, llegaba del horizonte y parecía una seda de oro sobre el agua azul. La más completa calma parecía caer del cielo y subir del mar, rodeando todas las cosas; y una sensación de quietud y serenidad llenaba los dos corazones que acababan de abrirse uno á otro. Sintieron algo como la sensación de ligereza, de alejamiento de la tierra, de las gaviotas y de las golondrinas que volaban á gran altura; la calma suprema de la naturaleza, que amaban apasionadamente, les invadió; pensaron que ella los amaba también, que era su confidente, que les oía hablar de unión eterna y que los aprobaba. Lucy, sin contestar una sola frase, ofreció la mano á su amigo... y él la aprisionó entre las suyas.

Largo tiempo permanecieron aún sin decirse nada, porque las palabras no hubieran bastado para expresar lo que sentían. Después Lucy tuvo un ligero estremecimiento, porque de nuevo la brisa refrescaba al declinar la tarde.

— ¡Bajemos!, dijo Renato; usted tiene frío.

Se pusieron en marcha, y Lucy preguntó:

— ¿Vendrá usted esta noche? Leeremos el *Sueño de una noche de verano*.

— ¡Oh, no, esta noche no, pues no hay poesía escrita que valga tanto como la que tengo en el alma; es inferior. Necesito estar solo; permaneceré en la playa una parte de la noche y vendré después aquí. ¡Hasta mañana!

Volieron á darse la mano, y Darlot, pasando su brazo sobre los hombros de Lucy, acercóla á sí y la besó. Luego separáronse, y cada cual se fué por su lado.

Lucy tomó con paso lento el camino de su casa; no quería pensar, sino meditar cuando más, entregándose dulcemente al recuerdo de la hora exquisita que acababa de transcurrir. Es preciso disfrutar completamente de esas horas demasiado raras de felicidad absoluta. La tristeza y la desgracia acechan á las personas dichosas, y les dejan poco tiempo para gozar.

Al acercarse al pueblo, por el camino arenoso abierto en la roca, vió venir hacia ella un hombre que andaba apresuradamente, y esto interrumpió su meditación. Era Roberto Le Clercq, que avanzaba muy de prisa, con el paso de un hombre que huye. La reconoció y dijo con voz alterada:

— Salgo de casa de usted; quería verla antes de marchar.

— ¿Antes de marchar? ¡Cómo! ¿Se va usted? ¡No es posible!..

— Me marchó... y ahora mismo. Si hubiese un medio de estar en Montpazier dentro de un instante, me valdría de él, añadió con una especie de furor concentrado, haciendo saltar con la punta del bastón la cabeza de una mata de amapolas.

Lucy, despertada bruscamente de su propia felicidad por el drama que presagiaba, contestó, recobrando su sangre fría y su entereza:

— No hay tren esta noche, y no podrá usted marchar hasta mañana. ¿Quiere usted decirme qué ocurre?

A causa de su carácter reservado, toda inconfidencia repugnaba á Roberto; en este punto era inaccesible de ordinario, y le avergonzaba en cierto modo dejar ver el interior de su alma; pero en aquel instante sufría demasiado; su irritación y su pesar eran por demás violentos para que pudiera contenerse, y como apreciaba verdaderamente á la mujer que le hablaba, contestó:

— Todó ha concluído entre ella y yo; no me ama, ni me amó nunca, y de ello tengo la prueba. ¡Pensar que he sido bastante loco para venir aquí, esperando atraerla á mi lado!.. ¡No podía creer en semejante indiferencia; pero mi esposa es tan seca y dura como una piedra!

Y con su bastón descargó un fuerte golpe en la extremidad de una roca que flanqueaba el camino. Lucy, sin tomar en cuenta la acusación lanzada contra María Magdalena, repitió:

— ¿Quiere usted decirme qué ha pasado?.. Pero volvamos á mi casa.

— No, porque ella irá, y no quiero volver á verla. Usted puede presumir lo que ha pasado. Rehúsa regresar conmigo á Montpazier.

Lucy miró á su interlocutor con mucha atención. — ¿Está usted bien seguro, preguntó, de que rehúsa volver con usted?

Roberto hizo un ademán de cólera.

— ¡Ah, sí!, exclamó, se me olvidaba que usted defiende su causa; sin duda le habrá hablado de todas las indignas persecuciones que mi madre le hace sufrir. ¿No es verdad? ¿Se supone víctima?

— ¡Nada de esto!, contestó Lucy con la mayor tranquilidad. María Magdalena es muy reservada bajo su aparente abandono, y apenas me ha dejado entrever que había habido algunas diferencias entre Mad. Le Clercq y ella; pero yo he adivinado lo demás. Esto era fácil para mí, porque durante mi residencia en Montpazier pude observar yo misma el estado de cosas. Hasta creo haberle hablado á usted muy seriamente sobre este asunto. ¡Oh!, añadió al ver que Roberto hacía un movimiento de impaciencia, no me crea usted bastante torpe para censurarle por no haberme escuchado entonces, ni crea que me jacto de haber previsto lo que sucede; pero esto me desconsuela mucho. Veamos, tenga la bondad de darme detalles precisos sobre el motivo que les separa.

— ¡Ah!, lo que nos separa es que me he casado con una joven cuya educación no es bastante sólida para que tenga ciertos principios. ¡Quiere exigirle todo de los demás y no dar nada en cambio! ¡Lo que nos separa, pardiez, es que no me ama, aunque tiene en mí un esposo rico y una buena posición! ¡Esto es todo!

— Está usted muy encolerizado, replicó Lucy Hartley con su buen sentido. Cálmese usted y procure informarme, pues tal vez yo podré serle útil. ¿De qué le sirve indignarse contra ella excitándose á sí propio? Si ella no viese en usted más que un esposo rico y su buena posición, volvería á Montpazier, y se sometería al yugo de su suegra. Su resistencia prueba su desinterés.

— ¡De veras!, exclamó Roberto con tono de burla. Seguro estaba de que usted le daría la razón.

— Yo no se la doy á nadie; tan sólo le ruego que me refiera lo que ha pasado entre los dos.

Roberto se lo refirió, entrecortando su relato con exclamaciones de cólera y suponiendo en María Magdalena los más detestables sentimientos. Miss Hartley le escuchó con la mayor sangre fría, sin osar interrumpirle, porque la exaltación de aquel hombre, tan reservado por lo regular, la conmovía un poco. Comprendió que estaba resentido sobre todo en su cariño á María Magdalena; muy sinceramente había creído poder pedir en nombre de su amor lo que solicitaba, y deducía que no era amado puesto que no se quería acceder á ello...

— Está usted muy agitado esta tarde, replicó Lucy, y este asunto es tan grave, que no se debe resolver nada á la ligera. Deje usted pasar algunas horas para que los dos puedan reflexionar y vuelva mañana por la mañana.

— ¡No; es cosa concluída, irrevocable! Me ha manifestado una indiferencia glacial, sin que nada pudiese conmovérla. ¡Si la hubiera usted visto inmóvil, sentada delante de mí sobre aquella pared, sin mirarme siquiera! Marcharé mañana á primera hora, y siento no poder hacerlo ahora mismo.

— No admito esa precipitación, replicó Lucy con firmeza; usted se deja llevar en este momento de un acceso de furor indigno de un hombre inteligente, y se excita con imprecaciones y acusaciones exageradas. María Magdalena no es lo que usted dice; la conozco, le profeso sincera amistad, y crea usted que no amo sino á las personas dignas de aprecio. Si ella fuese una vil intrigante como usted supone, ni usted ni yo la hubiéramos amado nunca. Todo esto es muy triste; pero aún queda seguramente una solución posible; mientras que si usted se empeña en marchar sin otra entrevista, quedará consumada la desgracia. Entienda bien que después de esta separación, nada podrá acercarla á usted de nuevo.

— ¡Pues que se vaya!, que vuelva á la vida que le gusta, con los amigos de su padre. ¡Esa es la sociedad que le conviene; las personas honradas y tranquilas no pueden bastarle!

Lucy, algo excitada al verle tan opuesto á lo que ella consideraba como el buen sentido, le condujo lejos de la vía, donde ya se habían cruzado con varios transeúntes, que pudieron ver la agitación de Roberto. En el arenal, cortado por el camino, había rocas planas y cubiertas de musgo, que brindaban á sentarse.

— Vamos allí, dijo Lucy, y hablaremos razonablemente si es posible. ¿No quiere usted ver más á María Magdalena?

— No.

— ¿Y va usted á marcharse así, diciéndose que todo ha concluído para siempre, y que le importa poco lo que llegue á ser de ella?..

Roberto apretó los puños, y con increíble ademán de obstinación, permaneció mudo. Entonces Lucy perdió la paciencia; pero su enojo fué sereno y frío,

un enojo de persona sensata, que le hizo decir francamente cosas duras con palabra fácil.

— Si usted obra así, le consideraré como un loco ó como un hombre malo. Permítame hablar, y ya me contestará después. Yo soy quien abogará por María Magdalena, y lo haré francamente. Usted se cree muy generoso porque la tomó sin fortuna; pero esta es una idea mezquina; puesto que usted la quería, sólo en usted pensaba y no en ella; de modo que su esposa no le debe nada. Al unirse usted con María Magdalena, se comprometió á amarla y protegerla, y usted ha faltado á su palabra. La amó solamente por sí propio, como egoísta, tomando de ella lo que le agradaba, sin cuidarse de su carácter, de sus gustos, ni de sus aspiraciones; y en vez de protegerla, ha querido tenerla sometida á un despotismo insoportable, que yo, que ahora le hablo, no hubiera tolerado ocho días, ni aun para complacer á un hombre á quien amara. En todo y siempre ha dado usted la preferencia á su madre y no tenía derecho para ello. Al casarse, debía usted asegurar á su esposa su libertad é independencia; y es inicuo esperar oprimirla hasta el punto de obligarla á que renuncie á todas sus preferencias, á sus voluntades y á su dignidad. ¡Y usted persiste hasta el fin, proponiéndole una combinación irrisoria! ¿Acaso podía aceptarla? ¿No hubiera sido esto comenzar de nuevo la vida pasada? María Magdalena no pide á usted lujo, sino la libertad de vivir tranquila. ¡Sí, ha hecho bien! ¡Ha tenido valor para resistir á la ternura que le profesa á usted, manteniéndose firme; para preferir el abandono y la incertidumbre del futuro á una posición humillante! Yo la aprecio más ahora; y la fuga de usted en este momento, su resolución de abandonarla, son incalificables. Después de tomarla por un capricho, después de haber reconocido que en vez de no ser más que una linda muñeca es una mujer de carácter y de corazón, la deja usted plantada! ¡Que sea de ella lo que sea, que el mundo la acuse de indigna, que su padre la rechace, que llegue á ser tal vez una perdida... poco le importa á usted! ¡Usted se disculpará en su integridad de hombre juicioso y no tendrá ningún remordimiento!

Roberto se estremecía á cada una de estas frases incisivas y cortantes como latigazos, y si hubiera tenido ante sí un hombre, le habría abofeteado; se clavaba las uñas en las palmas de las manos, mordiéndose los labios para no contestar; y sin embargo, en medio de su furor por verse tratado así, admiraba la actitud animosa de Lucy Hartley. Algunas cosas de las que decía eran tal vez verdaderas; pero no por eso dejaba de tener la absoluta convicción de la indiferencia de su esposa, y esto le endurecía.

— Muy tranquilamente, replicó, he tolerado las palabras de usted, y á ellas contesto que me marchó. María Magdalena ha rehusado, sin discusión, seguirme, y ha preferido separarse; está bien. Si quiere volver á mi casa la recibiré.

Lucy Hartley respiró con fuerza, y después de una pausa repuso:

— No quisiera estar en la situación de su madre de usted.

— ¡Mi madre ha demostrado una generosidad que no se puede elogiar lo bastante!

— Lo más elemental era consentir en lo que su nuera quería; pero yo no discuto eso, y me limito á decir que se verá en un caso de conciencia muy apurado. Cuando usted le diga que la ha preferido á su esposa, ¿qué podrá contestar? ¿Admitirá ella que usted expulse á su mujer para continuar viviendo como hijo sumiso? ¡Curiosa estoy por saber qué hará!

Roberto contestó secamente:

— En toda circunstancia, mi madre obrará bien; y ruego á usted, señorita, que no mezcle su nombre en este asunto.

— Su personalidad está demasiado en el fondo de la cuestión para que se pueda eliminar.

— ¡Pues entonces, terminemos!, exclamó el joven exasperado. Esta conversación no sirve más que para irritarnos á los dos. Mi resolución es irrevocable. Si María Magdalena quiere volver sin condiciones á mi casa, la recibiré. Yo me marchó, y esta será la última tentativa que habré hecho respecto á una mujer que nunca sintió por mí más que una verdadera indiferencia.

Lucy le miró mientras se alejaba, poseída de una verdadera angustia. Había hecho todo cuanto era posible; pero nada bastó para influir en aquel carácter obstinado en una idea fija, para el cual todas las rebeliones de María Magdalena se resumían en la idea de que ésta no le amaba.

¡Pobre María Magdalena! ¿Qué iba á ser de ella? ¿De qué lado volverse ahora? A sus primeras palabras el doctor, profiriendo gritos de aflicción, rehúsa recibir á su hija. La situación era inextricable; pero Lucy dejó para el día siguiente sus reflexiones

sobre la parte práctica del asunto. María Magdalena debía haber vuelto a casa para entristecerse sola.

Lucy apresuró el paso y llegó muy pronto a la quinta: las ventanas del salón, iluminadas, dejaban ver la mesa del te preparada ya y la lámpara encendida; los platitos, adornados de flores frescas, contenían *sandwichs*, pastelillos y tostadas, y se habían puesto tres cubiertos simétricamente. ¡Ah, miseria humana! ¡Hubieran podido pasar una noche tan agradable allí en vez de las tristes horas que iban a seguirse!

Aquella cena, de ordinario tan animada, fué triste esta vez. María Magdalena no tomó más que una taza de te, y Lucy, comiendo con buen apetito, pensó en lo que debería decir a su amiga para infundirle un poco de valor. Evidentemente la joven había agotado sus fuerzas, pero esto mismo embotaba el sufrimiento; parecía estar un poco alelada, y tenía como una expresión de vaguedad. Cuando la doncella las hubo dejado solas, Lucy dijo con voz serena y afectuosa:

— María Magdalena, no la he interrogado a usted sobre lo que ha pasado entre usted y su esposo, pero su ausencia y la tristeza de usted no me dejan la menor duda. ¿Han reñido ustedes?

María Magdalena levantó la mano con ademán suplicante.

— No hablemos de eso esta noche, contestó, porque estoy quebrantada, Lucy.

— Hija mía, es necesario que hablemos ahora mismo, pues la cosa tiene demasiada gravedad para aplazar su discusión hasta mañana. Esta noche, Roberto se halla aún aquí, y sabemos dónde encontrarle; mañana se habrá marchado.

— ¿Cree usted, pues, que se irá realmente, que me dejará?..

Esto era para la joven una cosa tan inverosímil, que no podía creer en ella. Con el recuerdo angustioso de su última entrevista mezclábase otros de amor que la tranquilizaban, haciéndola creer imposible que Roberto pudiera resolverse a vivir sin ella; y Lucy, no queriendo desanimarla, revelando que había visto a su esposo, le dijo:

— Debemos admitir que todo puede suceder. Mientras le sea a usted posible ir a hablarle por sí misma, continuando la entrevista de antes, nada es definitivo; pero cada hora que pasa ensancha más el abismo que les separa; y si Roberto se aleja sin haber vuelto a ver a usted, será una desgracia...

María Magdalena miró a su amiga con aire interrogador.

— Ciertamente que hoy me ha hecho sufrir mucho, dijo; pero si solicitase volver...

¡Ayl, no, Roberto tenía demasiado orgullo para pedir otra entrevista a María Magdalena, aunque en aquel momento mismo estaba tan desesperado como su esposa. Lo mismo que ella, veía terminada su vida, sin objeto alguno en su existencia, sin la menor probabilidad de ser dichoso; pero se sostenía en su resolución por este pensamiento que le atormentaba: «puesto que ella no me ama, la vida en común sería intolerable.»

Lucy repuso con dulzura:

— Hija mía, no debe usted esperar a que sea él quien vuelva, porque en estas circunstancias media un sentimiento de orgullo especial. Si la viera a usted volver a él, la recibiría con placer; mas por sí propio no dará un paso.

— Sí, dijo María Magdalena con amargura, tiene más orgullo que amor.

— Tal vez no esté convencido de que usted le ama.

— ¡Usted le ha visto y le ha hablado!

Incapaz de mentir, Lucy contestó:

— Es cierto, le he visto; y tenía un vivo pesar.

— Yo también.

— Sí, pero el suyo proviene de su creencia de que usted no le ama; mientras que usted no abriga tales temores.

María Magdalena se encogió de hombros.

— Toda su conducta prueba, sin embargo, repuso, que si me ama es muy poco, pues siempre prefirió a su madre.

— No censure usted su ternura filial, que le honra mucho, repuso Lucy esforzándose en abogar por una causa que ella misma condenaba.

— En fin, ¿si es verdaderamente capaz de marcharse así, consintiendo en una separación, dirá usted que me ama?

— Diré que la cree a usted indiferente, y que esto explica y justifica todos sus actos, aunque fueran enojosos en sí. Veamos, María Magdalena. ¿Duda usted de que se casó por amor?

— ¡Oh!, me lo han echado en cara demasiado a menudo para que yo pueda dudar, suspiró María Magdalena.

— Que se lo hayan censurado ó no, es un hecho positivo; usted debe agradecerle eso; y tal vez le haya manifestado alguna frialdad que explica su actitud presente.

María Magdalena, ruborizándose, replicó vivamente:

— Querida Lucy, aseguro a usted que hubiéramos sido muy felices sin mi suegra, y si nos hemos indispuesto, tan sólo ella tiene la culpa; su bondad, demasiado... imperiosa, nos ha comprimido de tal modo, molestándonos en todos nuestros actos, y hasta en las conversaciones, que parecíamos personas cansadas una de otra desde hacía veinte años, y no casados jóvenes. Semejante opresión era un suplicio.

— Pero amiga mía, no debe usted recordar sus agravios, y es preciso que trate de olvidarlos. Piense que se halla en una hora muy crítica, detenida en uno de esos recodos del camino que deciden de la existencia entera. Algunas horas le quedan para adoptar un partido; después, sería demasiado tarde. Usted ama a Roberto, y por lo tanto es imposible, inadmisiblemente, que se resigne a perderle; la cuestión de amor propio es del todo secundaria; es menester que usted vea si puede hallar valor para someterse a las condiciones que él le impone.

— ¡No son aceptables!, exclamó María Magdalena levantándose agitada, y apelo al juicio de usted, Lucy. ¿Acaso admite usted que pueda comenzar de nuevo la vida a que se me sometió desde mi casamiento, agravada ahora por el hecho de estar todos en guerra abierta? Por otra parte, me limito a preguntar: ¿aceptaría usted?

— Es que yo..., contestó Lucy vacilante, no tengo su carácter de afable dulzura; soy brusca y autoritaria.

— Repito a usted mi pregunta: ¿aceptaría?

— ¡Tal vez..., si amara!

— Muy bien sabe usted que rehusaría, y que no hubiera tolerado el despotismo de Mad. Le Clercq tan largo tiempo como yo; también sabe que Roberto exige una cosa insensata pretendiendo hacerme volver a casa de esa mujer después de un rompimiento formal. No puedo aceptar eso, y me mantengo en mi negativa.

— Piense usted, amiga mía, que esa negativa es la separación para siempre.

La joven oprimió los labios, y algunas lágrimas brillaron en sus ojos; pero no protestó.

— No obre usted bajo el imperio de la desanimación de una hora, y piense, hija mía, qué triste será estar separada del esposo que ama, encontrándose sola después de haber tenido familia. Piense usted en todo lo que sobrevendrá.

Y como María Magdalena permaneciese callada, Miss Hartley añadió con calor, porque veía claramente lo crítico de la situación.

— Usted me pregunta si yo cedería. Pues bien, a decir verdad, creo que sí. Usted se halla en una crisis extrema, tras de la cual vendrá una explosión. Yo estoy segura de que su esposo, satisfecho al ver que se somete, y habiendo reconocido que usted tiene carácter, no toleraría ya que su madre la oprimiese, y ella misma, créalo así, respetaría más su voluntad. Decididamente es preciso que esta noche vaya a ver a Roberto. Escuche usted, voy a ponerme mi manteleta y las dos iremos juntas. Dígame que usted también ha cometido errores, pero que amándose los dos es absurdo privarse de la felicidad como lo hacen.

María Magdalena contestó con firmeza:

— Doy a usted gracias; usted es buena, y se violenta para predicarme una conducta que en mi caso no observaría. No creo que deba ceder; no lo haré, y por lo tanto no hablemos más.

— ¿Y qué hará usted?

— Reflexionaré; escribiré a mi padre.

Siguióse una pausa: ambas sabían cuán ilusorio era semejante recurso.

— ¿Y si no se entiende usted con él?

— Haré lo que hacen muchas otras que valen tanto como yo, lo que usted misma hace: trabajará.

Lucy tuvo en los labios la pregunta: «¿En qué trabajará?» pero no quiso desalentar a su amiga. El verdadero valor de que estaba dando prueba le agradaba y respondía a su más secreta opinión. Aprobábalas en un todo, comprendiendo que de parte de su amiga, que no era enérgica ni estaba armada para la lucha, el esfuerzo de audacia era mayor.

Cogió entre sus dos manos las de María Magdalena y estrechólas vigorosamente.

— ¡Bien!, dijo; me agradan los caracteres enérgicos. Después de todo, tal vez su esposo admirará su valor, acabando por comprender lo que a usted debe. Con firmeza todo irá bien. Ignoro lo que su padre contestará; mas quiero asegurar a usted que soy su amiga, y crea que esta no es para mí una pa-

labra trivial. Ayudaré a usted en cuanto pueda. No llore, hija mía, pues las emociones demasiado vivas son malas. Voy a preparar una infusión de tila, y se acostará usted ahora mismo.

Pero la infusión de tila no produjo los efectos calmantes que miss Hartley esperaba. Ya en su habitación, María Magdalena no pudo dormir; muy por el contrario, la conversación que acababa de tener había desvanecido la postración en que estaba hacía algunas horas, y ahora veía su situación con más claridad. Cogió un pliego de papel y quiso escribir a su padre; le refirió todo cuanto había pasado; díjole cómo después de una última sumisión por su parte, la crisis inevitable se había producido y cuál era el estado de cosas presente.

Y para pedir un apoyo al hombre que se lo debía, las palabras le faltaron, y quedó pensativa un momento con la frente apoyada en la mano. Imaginó la irritación del doctor, pensando que aquella carta iba a turbarle en una excursión agradable. ¡Cómo le indignaría semejante resolución! ¡Con qué términos la maldeciría y con qué palabras iba a contestar! Sería preciso apurarle hasta lo último para que consintiera en admitir a su hija; pero primeramente intentaría toda una serie de pasos humillantes cerca de madame Le Clercq y de Roberto, y de muy mala gana se resolvería al fin a recibirla.

María Magdalena, sonrojada de vergüenza al pensar que era un estorbo que todos rechazaban, se alejó de la mesa; parecía ahogarse en aquella casa silenciosa donde todos dormían, porque ya se hacía tarde, y envolviéndose en su capa salió sin ruido.

El aire era penetrante; un fresco perfume salino llegaba del mar; las estrellas brillaban como diamantes sobre terciopelo negro, y la noche no era muy oscura. María Magdalena salió del jardín y encaminóse hacia el arrenal, marchando al azar. Sus ideas habían cambiado; ahora pensaba en Roberto, en su pasajera ternura en aquel pequeño cementerio inundado de sol y en la escena brutal que entre ella y su marido se había desarrollado.

Y con una lucidez de memoria singular, pareció verle en aquel momento, con las mismas actitudes y la misma expresión de fisonomía, siendo tan viva la impresión, que creyó estar en la hora dolorosa en que todo había terminado entre ellos. ¡Con qué dureza la rechazó! ¡Con qué altivez impuso un ultimátum inaceptable! ¡No, no! Roberto no la amaba; tan sólo quería de ella su graciosa y linda persona, y este era un género de amor que debía extinguirse con los años, amor en que había una especie de desdén humillante que la hizo sufrir a menudo. Esto explicaba que se resignase tan fácilmente a perderla, y pronto se acostumbraría a su ausencia. Una amargura angustiosa oprimió fuertemente el corazón de María Magdalena, y humillábala a sus propios ojos no haber sabido ni podido inspirar a Roberto sentimientos más elevados.

Tropezó con una piedra y se detuvo: alrededor de ella todos los objetos estaban como perdidos, en una sombra clara..., y las estrellas lucían con un brillo refulgente. La joven divisaba confusas moles de rocas bajo sus pies, y experimentaba como la sensación de los duros tallos de los brezos y a veces de alguna aguda espina de junco. Un silencio profundo, en medio del cual no se percibía más que el mugido del viento y del mar, reinaba en la vasta llanura, y ningún ser humano parecía vivir allí.

La joven se estremeció; el horror a la soledad se apoderó de ella, y avanzó más hacia el lado donde se oía el rumor de las olas. Sus pensamientos eran más amargos ahora; su pesar le representaba las brutalidades materiales de la vida y las tristezas de un porvenir muy negro.

Su padre iba a rechazarla; segura estaba de ello; y si, cansado de sus quejas acababa por recibirla, ¿qué existencia iba a ser la suya? Conocía los proyectos del porvenir que él había formado sobre el casamiento de su hija, y he aquí que todos estos proyectos se venían abajo; la consideraría como una mujer necia que no solamente se hace desgraciada a sí propia, sino también a los demás, y la acusaría de egoísmo. No sería atento ni bueno, ni se condolería en modo alguno de su desdicha; la trataría más bien de ingrata y de torpe, y complaciéndole quejarse él mismo, se consolaría así. Iba a ser por consiguiente una carga para su padre... ¡No! Esto no le convenía; mejor era trabajar... ¿Pero en qué? Hasta entonces había sido una mujer inútil y encantadora, y su educación no la había preparado en modo alguno para una lucha por la existencia. ¿Que hacer entonces? Y pensó con desaliento en las mujeres que cosen en buhardillas sin fuego, que tienen los dedos ennegrecidos por los pinchazos de las agujas y que llevan vestidos viejos.

(Continuará)

SUIZA EN PARÍS

El visitante de la Exposición Universal de 1900 que habrá dedicado una parte del tiempo á asuntos serios, podrá encontrar gran número de distracciones

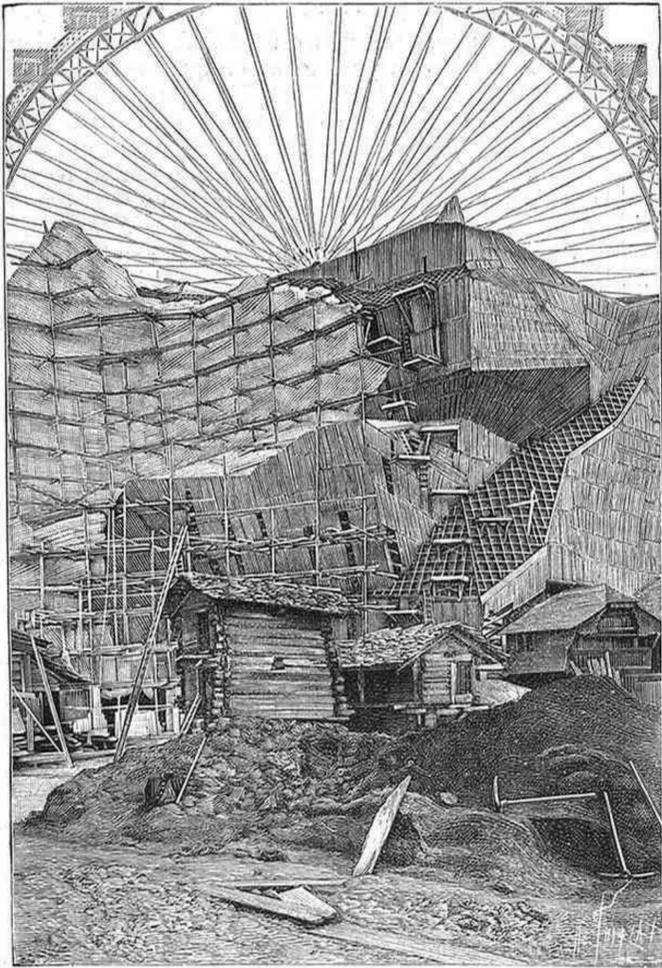


Fig. 1. - Construcción de la montaña. (Parte inmediata á la Rueda colosal)

sin apartarse del recinto en que aquélla está instalada. Los panoramas, los teatros, las exhibiciones de todas clases le ofrecerán grato entretenimiento, bien dentro de la exposición misma, bien en los bulevares que la rodean, especialmente en la avenida de Suffren, en donde ya el año último pudieron verse los espectáculos de «París en 1400» y de la Rueda colosal.

Uno de los principales atractivos de aquel rincón privilegiado será indudablemente la *Aldea suiza*, instalada por los Sres. Henneberg y Allemand, que ocupa una superficie de unos 21.000 metros cuadrados y es la reconstitución no sólo de una aldea sino de todo un paisaje de Suiza con sus montañas, sus caseríos, sus prados, sus cascadas, etc.

No se trata de un panorama, sino de la naturaleza misma reconstituida en todas sus partes. Terminados ya casi por completo los trabajos, puede actualmente juzgarse de los resultados obtenidos, acerca de los cuales bastará decir que el que fuese conducido allí con los ojos vendados podría jurar, al quitársele la venda, que se encuentra realmente en Suiza (fig. 2), si no fuera porque la realidad se impone cuando se ve aparecer por encima de una montaña la punta de la torre Eiffel y á otro lado la Rueda colosal que con sus múltiples radios parece un sol gigantesco que apoya su centro en las rocas (fig. 1.)

Lo primero que se ocurre preguntar cuando se contempla aquel espectáculo y se ve la perfección del conjunto y de los detalles, es cómo ha sido posible, en tan poco tiempo, llevar á un terreno completamente llano una masa tan considerable de tierra y de rocas: una y otras, así como los prados, las plantas, etc., todo es natural; no son lienzos pintados, sino objetos corpóreos y

reales. Lo único artificial es el interior. La montaña está formada por una inmensa armadura construída con pinos del Jura, algunos de los cuales tienen 30 metros de alto por 1'80 de circunferencia y las vigas que contienen esta armadura están formadas por maderos sólidamente fijados en una doble travesía por medio de calces y pernos y dispuestas una tras otra (fig. 3) sobre una fundación preparada con estacas clavadas en tierra á una profundidad de seis ó siete metros. Las vigas han sido enlazadas por medio de travesaños, habiéndose procurado obtener formas muy variadas, inclinadas en unas partes, verticales en otras.

Sobre aquella armadura, para la cual se han empleado más de 3.000 metros cúbicos de madera, se han clavado planchas, formándose de este modo una superficie muy accidentada que ofrece ángulos entrantes y agudas aristas de más de 25.000 metros cuadrados de desarrollo y representa las abruptas pendientes de la montaña que sólo falta revestir. Para poder retener la tierra en todas las inclinaciones se ha construído una especie de tableros con multitud de compartimientos que se ven en la figura 1.



Fig. 2. - Un rincón de la aldea suiza

La resistencia de la armadura ha sido calculada para recibir 400 kilogramos de tierra por metro cuadrado.

Las rocas están formadas por un ligero armazón de madera que sostiene una costra de *staff* (yeso mezclado con estopa) de dos ó tres centímetros de espesor, obtenida en un molde sacado del natural. La figura 4 representa una de estas rocas vista por detrás, es decir, por la parte hueca. Estas rocas están elevadas unas al lado de otras, siguiendo ciertas dis-

posiciones geométricas y geológicas observadas sobre el terreno, y luego han sido pintadas al óleo en capas sucesivas y bastante transparentes para que puedan verse las unas al través de las otras. Gracias á esto se logra darles el aspecto exacto de rocas verdade-

de Berna, la casa de Bourg-Saint-Pierre (Valais) en donde almorzó Napoleón antes de pasar el San Bernardo, la casa de Mumpf (Argovia) en donde nació la célebre trágica Rachel, etc.

La cascada tiene cerca de 30 metros de altura, y en ella han debido suprimirse naturalmente las rocas de cartón, reemplazándolas con rocas verdaderas ó por imitaciones muy bien hechas de cemento armado. De esta misma materia son el lecho del riachuelo y del lago que la cascada forma. Para alimentar ésta se necesitan cinco millones de litros de agua diarios, y como esta cantidad de agua no podía pedirse á la ciudad de París, se ha abierto un pozo especial de cuarenta metros de profundidad: un motor eléctrico que recibe la corriente del sector de la orilla izquierda, de una potencia de 300 caballos, hace funcionar las bombas que elevan el líquido hasta un depósito situado en la cima de la montaña. Este depósito no es de mucha capacidad porque como la cantidad de agua que las bombas elevan es muy considerable, sirve simplemente de regulador; alimenta también una canalización que se extiende por las crestas de las montañas y cuyos tubos de riego permitirán, durante los calores excesivos del verano, refrescar el ambiente y conservar la

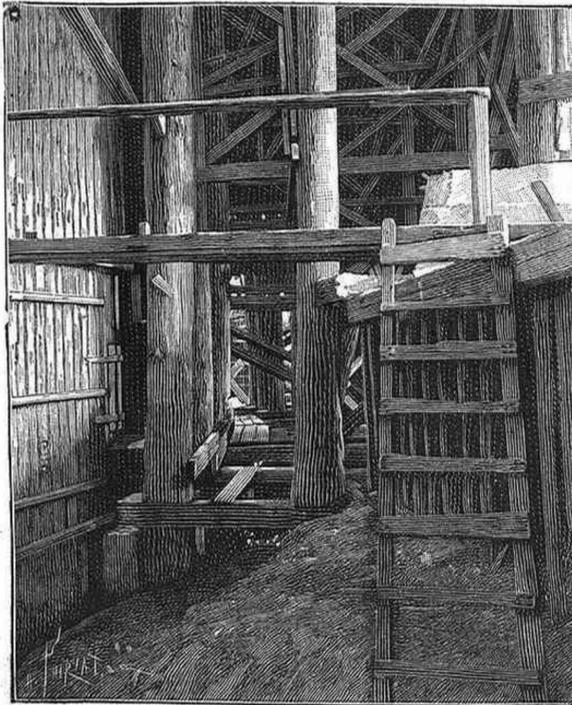


Fig. 3. - Parte interior de la montaña

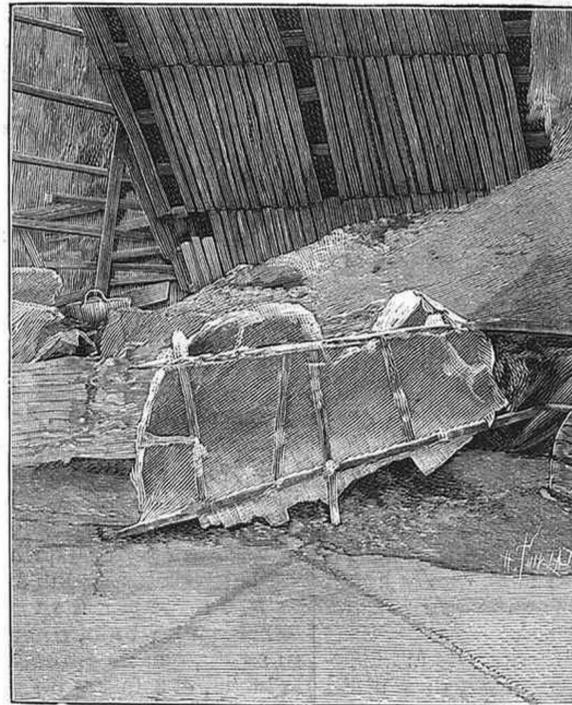


Fig. 4. - Parte posterior de una roca

frescura necesaria á las plantas y á los arbustos. En el interior de la montaña principal se ha instalado un panorama en las condiciones ordinarias; es decir, que se entra en él por corredores sombríos

En el interior de la montaña principal se ha instalado un panorama en las condiciones ordinarias; es decir, que se entra en él por corredores sombríos

que van á parar á una plataforma central, desde donde se contempla un lienzo circular pintado y con los primeros planos reales que con la pintura se enlazan.

El lugar escogido para este panorama es el magnífico punto de vista del pequeño Scheidegg; el espectador tiene enfrente los imponentes glaciares de la Jungfrau, del Munch y del Eiger, en lontananza Murren y en la parte inferior á un lado Lauterbrunnen y al otro Grindelwald, todo reproducción fiel de la realidad.

Los pobladores de esta aldea suiza artificial llevarán los trajes auténticos de los diferentes cantones. En una palabra, la *Suiza en París* será en extremo interesante y constituirá sin duda uno de los espectáculos más curiosos de la próxima exposición.

G. MARESCHAL

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LOS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra
ASMA
 CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO Y PLATA.
 PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SEÑS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigirse el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALCIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT
 VINO • de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Ergotina y Grageas de BÉRGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ACRITUD DE LA SANGRE
BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 El MISMO al Yoduro de Potasio.
 TRATAMIENTO Complementario del ASMA
 Soberano en
 Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu; París. Todas Farmacias del Extranjero.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

GUÍA GENERAL DESCRIPTIVA DE LA REPÚBLICA MEXICANA. — Hace algún tiempo nos ocupamos con el merecido elogio del primer tomo de esta importante obra que edita en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce, dirigida y redactada en presencia de datos oficiales por J. Figueroa Doménech, con la colaboración de distinguidos escritores. El segundo volumen contiene una reseña geográfica, industrial y mercantil de cada uno de los 29 Estados y Territorios de la Federación, descripciones breves, pero completas y claras y sobre todo expuestas con riguroso método que facilita al lector la consulta de un dato cualquiera, todo ello ilustrado con multitud de retratos, vistas de paisajes, edificios y monumentos. Lleva además este tomo un extenso directorio por orden alfabético de profesiones é industrias, un apéndice con la lista de las principales casas mercantiles españolas que sostienen relaciones comerciales con la República Mexicana y un índice alfabético de las personas mencionadas especialmente en el tomo. Precede á éste una carta del Sr. Presidente de la República D. Porfirio Díaz, altamente laudatoria para la publicación, para su editor Sr. Araluce y para el director de la misma Sr. Figueroa.



JESUCRISTO CURANDO Á LOS ENFERMOS, cuadro de Eduardo de Gebhardt

MANUAL COMPLETO DEL DIAMANTISTA Y PLATERO, por K. Schwalk y L. Dieulauf. — El conocido editor barcelonés D. Manuel Saurí ha aumentado la colección de sus interesantes manuales con la importante obra que nos ocupa. Es ésta un tratado completo de cuanto con la industria del diamantista y platero se relaciona, en el cual se estudian con gran detenimiento, perfecto método y conocimientos profundos las piedras preciosas, su talla, su grabado, su producción artificial, los metales preciosos, las aleaciones, los esmaltes, el plaqué, las soldaduras, la bisutería, las piedras falsas, dando sobre ello noticias tan indispensables para el técnico como curiosas para el simple aficionado. Esta obra, ilustrada con 80 grabados, se vende á cinco pesetas en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, y en las principales librerías.

EL MÉDICO RURAL, por H. de Balzac. — Formando parte de la Nueva Biblioteca que con tanto éxito edita en Barcelona D. Luis Tasso, se ha publicado esta interesantísima novela, cuyo mejor elogio está en el nombre de su autor, el inmortal Balzac, el ilustre autor de «La Comedia humana», de la que forma parte *El médico rural*. La edición española, correctamente traducida por el Dr. G. del Villar, se vende á cuatro reales en rústica y seis encuadrado en tela.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOÛZE-ALDESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PANCREATINA DEFRESNE
 POLVO PILDORAS
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.

DIGESTIVO el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
 prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el **PILAVORE DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN